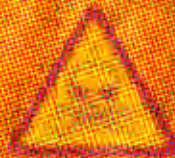


revista
**SOBERANÍA
ALIMENTARIA**
BIODIVERSIDAD
y culturas

NÚM. 53 VERANO 2025

LA ALIMENTACIÓN NO ES UNA MERCANCÍA
SUPERMERCADOS PÚBLICOS
TRATADO CON LA TIERRA



La revista es un espacio colectivo integrado por:

- ▶Antropologies de les Cris i les Transformacions Contemporànies – CRITS - UB
- ▶Amigos de la Tierra
- ▶Arran de Terra SCCL
- ▶ASDECOBA
- ▶Asociación Ábrego
- ▶Asociación El Colletero
- ▶Biela y Tierra
- ▶Campo Adentro
- ▶Cátedra de Agroecología, Universidad de Vic
- ▶CERAI
- ▶Colectivo Lantxurda Taldea
- ▶Colectivo Memoria Viva de los Pueblos
- ▶Colla Ecologista La Carrasca-Ecologistes en Acció
- ▶Confederación de Centros de Desarrollo Rural -COCEDER
- ▶Cooperativa Germinando
- ▶Coordinación Baladre
- ▶Ecocentral
- ▶Ecologistas en Acción
- ▶El enjambre sin reina
- ▶Entrepueblos
- ▶Enxeñería Sen Fronteiras Galiza
- ▶Extiercol
- ▶La Casa Azul
- ▶La Fàbrica, SCCL
- ▶La Fertilidad de la Tierra
- ▶La Plasita
- ▶L'Economat Social SCCL
- ▶Fundación Betiko
- ▶Fundación Entretantos
- ▶Fundació Novessendes
- ▶Garúa
- ▶GRAIN
- ▶Grupo de Investigación en Agricultura, Ganadería y Alimentación en la Globalización (ARAG-UAB)
- ▶Grupo de Investigación en Economía Ecológica, Agroecología e Historia. UVigo
- ▶Grupo de Estudios Juan Díaz del Moral
- ▶Justicia Alimentaria Global
- ▶Les Refardes SCCL
- ▶Lonxanet
- ▶La Magrana Vallesana
- ▶Landare
- ▶Menjadors ecològics
- ▶Mugarik Gabe Nafarroa
- ▶Mundubat
- ▶Observatorio para una Cultura del Territorio
- ▶Olistis, SCCL
- ▶OSALA
- ▶Postgrau de Dinamització Local Agroecològica
- ▶Red Agroecológica de Lavapiés
- ▶ReHd Mad! Red de huertos urbanos comunitarios de Madrid
- ▶Sindicato Andaluz de Trabajadores y Trabajadoras
- ▶Sindicato Labrego Galego
- ▶Sociedad Española de Agricultura Ecológica (SEAE)
- ▶Universidad Rural Paulo Freire del Cerrato
- ▶Xarxa Agroecològica d'Alcoi
- ▶Varagaña

PORTADA

Miguel Ángel García Álvarez (Alacant, 1988). Artista especializado en pintura mural. Dirige el proyecto Doble 13, centrado en el muralismo profesional, aplicado tanto a la transformación de espacios como a la intervención en contextos sociales, culturales y medioambientales. Inició su formación artística muy joven, en academias, y cuenta con una sólida trayectoria autodidacta que ha marcado su evolución técnica y creativa. Está vinculado a XEAS -Xarxa d'economia Social i Solidària del País Valencià. Actualmente reside en el medio rural, apostando por una vida en comunidad basada en principios de decrecimiento, sostenibilidad y cooperación, valores que impregnan su práctica artística.

@doble13_artespacio
doble13.com

AGRADECIMIENTOS

Además de a las personas que han contribuido con contenidos específicos ya mencionadas en las autorías, en los testimonios y en las fuentes, queremos agradecer a quienes nos han ayudado a hacer posible este número sugiriendo contenidos, contrastando información, facilitándonos contactos o simplemente ayudándonos a aterrizarlo tal y como ha quedado: Manolo Bayona, Amanda Verrone, Isa Haro, Mamen Cuéllar, Noelia Márquez, Carmen Maestre, David Fimat, María Rubio, Lorena Rodríguez, Darío Aranda, Alberto Acosta y Xavier León Vega.



Escucha el pódcast del programa de radio Toma la tierra sobre este número de la revista:



ESTA PUBLICACIÓN HA CONTADO CON EL APOYO DE:



Agència Catalana de Cooperació al Desenvolupament



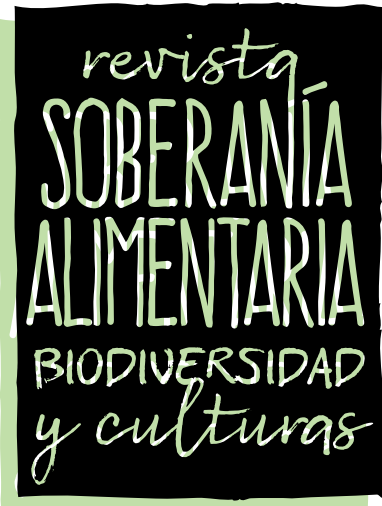
Generalitat de Catalunya



Os invitamos a que os comuniquéis con el equipo redactor (info@soberaniaalimentaria.info) y nos enviéis vuestras experiencias, sugerencias y comentarios, así como aportaciones gráficas para próximos números. Los artículos son responsabilidad de quienes los firman. El material aquí recogido puede ser divulgado libremente, aunque agradeceríamos que citarais la fuente.



Tipografías utilizadas en esta revista: Caecilia LT, Roboto, Sabbatical y Frente H1



NÚM.53 VERANO 2025

COMITÉ EDITORIAL

Jeromo Aguado
Marta Rivera
Aitor Urkiola
Paul Nicholson
Isabel Vara Sánchez
Uxi D. Ibarlucea
Enrique González
Laia Batalla-Carrera
Héctor Castrillejo
Sergio S. Taboada
Marta Soler
Violeta Aguado
Irene García Rocas
Leticia Toledo
Agustí Corominas
Henk Hobbelink
Cristóbal González
Pau Agost Andreu
Amal El Mohammadiane Tarbift
Paula Durán

EDITA



El Pa Sencer SCCL:

Patricia Dopazo
Gustavo Duch
Carles Soler
Tomàs de los Santos

CORRECCIÓN Y WEB

Eva CM

ARTE Y MAQUETACIÓN

www.mareavacia.com

PÓDCAST

Stéphanie Chiron

DIRECCIÓN POSTAL

Carrer Casanova, 118-120, 1er B, escala dreta
08036 Barcelona

www.SOBERANIAALIMENTARIA.INFO

INFO@SOBERANIAALIMENTARIA.INFO

Depósito Legal B-13957-2010

ISSN 2013-7567



revistasoberaniaalimentaria



@revistasabc.bsky.social



RevistaSoberaniaAlimentaria



revistasoberaniaalimentaria



@revistaSABC

Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas es una publicación de información, debate y reflexión sobre nuestro **vínculo político con la tierra y la alimentación**. Una revista de **pensamiento crítico** que ofrece una perspectiva amplia, abierta y afectable que quiere ayudar a imaginar y construir realidades sociales y económicas radicalmente emancipadoras.

EDITORIAL

Los alimentos no son una mercancía 4

AMASANDO LA REALIDAD

Seguridad Social de la Alimentación
Ángel Calle Collado 6

La alimentación en las ciudades
Mercè Renom Pulit 10

De derechos a responsabilidades colectivas
Gadea Claver 13

Los supermercados públicos y el fomento al consumo de la producción nacional: el caso de Bolivia
Mario Vargas 16

¿Renta básica para la soberanía alimentaria?
Marta Soler Montiel 20

La comida es un asunto del pueblo
Revista SABC 24

Tratado con la tierra
Jerónimo Aguado Martínez 28

EN PIE DE ESPIGA

Las redes del alimento, las muertes y los renacimientos
Omar Felipe Giraldo 30

Motosierras, feminismo y cuidados
Alba Cebrián Jiménez 33

Las mesoamericanas no solo pensamos en un «buen vivir», sino en un «buen pensar» y un «buen conocer»
Patricia Dopazo Gallego 37

VISITAS DE CAMPO

Conservar una forma de ver el mundo
Javier Moreno, Isidro J. Espadas y Rosa Vroom 41

Los SPG, redes que resisten y se renuevan.
ISEC (UCO), FACPE, COAG Andalucía y Justicia Alimentaria 44

PALABRA DE CAMPO

La huerta como herramienta de inclusión social
Charline Ducottet (Carlota) 48

Fundamentos históricos de un pensamiento ecocrítico.
Reseña de *Anticapitalismo romántico y naturaleza*
Enrique González 51

La fuente. Un lugar de encuentro para pobladoras
Veterinaria ligada al territorio
Sara Rey Sanz 54

Los alimentos **no** son una **mercancía**

El título de este número podría quedar bien en la mayoría de los números de esta revista. Las consecuencias de la mercantilización de los alimentos es lo que empapa el paradigma de la soberanía alimentaria y la filosofía de este proyecto. ¿Qué tiene de especial este título ahora?

Las resistencias al lucro con el comercio alimentario y a todo lo que supone hacer de la agricultura, la cultura de la tierra, una minería agraria —como dice Horacio Machado— existen desde siempre, porque el libre mercado no siempre estuvo aquí. En las últimas décadas, muchas de estas resistencias se enmarcan globalmente en el movimiento por la soberanía alimentaria y la agroecología: ocupaciones de tierras, mercados campesinos, huertos comunitarios, redes de intercambio de semillas, recuperación de saberes populares, etc.

En este momento en que el calentamiento global y la crisis energética preocupan a la economía, el capitalismo no es capaz de ofrecer otra cosa que más capitalismo. Que se puedan expropiar tierras campesinas y generadoras de alimentos para instalar grandes extensiones de placas solares en favor de la transición ecológica es un ejemplo claro. También lo es que la alimentación «saludable y sostenible» haya disparado el consumo de aguacates, quinoa o ultraprocesados a base de soja. Nada cambia. Las empresas que se enriquecen seguirán siendo las mismas y seguiremos guiándonos por las lógicas que engendraron el capitalismo: el hombre blanco, que todo lo sabe, se siente por encima de la tierra, la domina y la subyuga al interés de la acumulación de beneficio.

Como explica Marta Soler, «la economía capitalista privatiza los comunales históricos (...) y destruye la autonomía comunitaria del sustento, lo que obliga al trabajo asalariado individualizado

y a depender de los mercados». Al vernos obligados a acudir al libre mercado para aprovisionarnos de alimentos, hacemos girar la rueda. Y, si los salarios no mejoran, los alimentos tienen que ser cada vez más baratos, agravando la presión sobre los bienes naturales y las propias condiciones laborales de quienes trabajan para la industria alimentaria. ¿Estamos siendo capaces de romper esta rueda con las alternativas que generamos desde la sociedad civil? ¿Es posible romperla?

Lo que nos ha llevado a elaborar ahora un número con este título es que sospechamos que la respuesta a la primera pregunta es negativa. Sin embargo, existen propuestas verdaderamente interpeladoras —como la seguridad social de la alimentación, desencadenada a partir del pensamiento fundador de La Vía Campesina: «los alimentos no son una mercancía»— que sí podrían romper la rueda de la mercantilización y la explotación. En los contenidos que presenta este número podemos ver que se trata de una fórmula que reclama que el mercado alimentario vuelva a estar controlado, regulado o gestionado por el pueblo (o los pueblos), que a eso apela la soberanía. En territorios como los nuestros, donde existen políticas públicas para garantizar derechos, se propone que la alimentación tenga el mismo tratamiento que la educación y la salud, advertidas —como dice Ángel Calle— de que el papel del Estado históricamente no ha sido favorable a una transformación desde abajo.

Pero, además del valor del proyecto de la seguridad social de la alimentación como mecanismo de organización económica del mercado, son muchas las reflexiones que surgen y los debates que se abren al pensar en profundidad en una propuesta como esta. Una de ellas es la urgencia de impugnar que el capital organice la naturaleza.



También la importancia de entender la «autonomía» como interdependencia, como una (re)producción comunitaria que lleva intrínsecos conceptos como reciprocidad, solidaridad, redistribución y socialización, en el sentido socialista y antineoliberal. Otra reflexión muy reveladora es superar la mirada materialista y entender la alimentación no solo como una necesidad fisiológica, sino también como la relación simbiótica entre especies

que hace posible la reproducción de la vida en su incansable retorno.

Por todo ello, profundizar en estas y otras reflexiones relacionadas con el mercado, los derechos básicos, el papel del sector público, de lo comunitario y lo cooperativo nos pareció apropiado en un momento en que necesitamos propuestas inspiradoras. Esperamos que este número os parezca interesante y que también os muestre nuevos caminos.

«El futuro de la alimentación es la democracia». Reportaje sobre el proyecto de la Seguridad Social de la Alimentación.



Toma la Tierra. Pódcast especial sobre la Seguridad Social de la Alimentación, con entrevistas a Dominique Paturel (INRAE Francia), Mathieu Dalmais (Ingenieros sin Fronteras), Laura y Kevin (Réseau Salarial) y Jean-Claude Balbot (Red CIVAM).



Ángel Calle Collado

Seguridad Social de la Alimentación

¿UNA HERRAMIENTA PARA LA DEMOCRATIZACIÓN ALIMENTARIA?

¿Cómo socializar la responsabilidad, las herramientas y la voluntad política que nos haga reconocer una alimentación digna como un derecho universal sujeto a los límites y dinámicas que marca cada territorio? Es una enorme pregunta que ha tenido respuestas diferentes y adaptadas a lo largo de los últimos 12.000 años: desde las bases de la cultura campesina, centradas en la autonomía alimentaria y de reproducción de la fertilidad, hasta los horizontes que hoy apuntan a una soberanía alimentaria y una economía de los cuidados para relocalizar nuestra forma de producir y de nutrirnos de manera apropiada.

Necesitamos repensar constantemente qué herramientas son útiles y coherentes en un contexto dado y cómo construir redes que nos ayuden a hablar de universalidad, agroecología y redistribución de responsabilidades para satisfacer una nutrición adecuada. En Francia ha surgido un debate que propone acercarse a esta respuesta desde la práctica, en principio de carácter estatal, luego más cercana a una red público-comunitaria, recogida en la propuesta de una Seguridad Social de la Alimentación. De forma sucinta puede condensarse en tres ideas: a) extender la noción de seguridad social al campo alimentario; b) reconstruir espacios locales de compra y distribución para hacer práctico el derecho a la alimentación; y c) promover un acceso universal mediante 150 euros al mes por persona con una tarjeta sanitaria-alimentaria.

Aunque nace en Francia, esta propuesta conecta con otros muchos aportes que han intentado sacudir los sistemas alimentarios industriales y avanzar en el reconocimiento del derecho a una nutrición adecuada, como son los programas Nacionales de Alimentación Escolar (PNAE) en Brasil, las políticas comarcales de producción y compra pública inspiradas en los biodistritos en

Italia, o las propias formas de establecer dinámicas de abastecimiento público-comunitarias en Cuba en torno a los huertos urbanos.

Urgencias

Nuestros sistemas alimentarios están rotos. Son inviables si atendemos a la creciente erosión de la biodiversidad cultivada y de la fertilidad de nuestros campos. Son insostenibles debido a su ineficiencia energética y a la magnitud del desperdicio alimentario. Son injustos a poco que sopesemos quién sostiene la alimentación en territorios destinados a la extracción de materias a bajo costo, en condiciones laborales precarias —en particular, las de personas migrantes en los países del Norte a lo largo de la cadena alimentaria—, en la transversalidad de las desigualdades patriarcales desde las fincas hasta nuestras cocinas y en la malnutrición derivada del imperio de la comida chatarra.

Y todo esto sucede en un contexto de desagregación social. Lo colectivo suena a pesado y distante, en un mundo individualizado por monedas y pantallas que aparentemente «poseo», pero que en realidad me atomizan y me desvinculan socialmente: me poseen.



Tienda de Asociación La Borraja (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz).
Foto: Purificación Murillo Vasco

La agroecología, en este país, parece reducirse a un avance de modelos generales o a un encuentro de iniciativas dispersas. Hay concienciación social en torno a la salud y preocupación «formal» por la situación del mundo rural, pero faltan prácticas reales que hagan de la alimentación digna y saludable un derecho compartido, no un privilegio a defender para ciertas capas sociales. Además, cuando parece que se escuchan voces críticas del campo, estas se expresan mediáticamente desde una óptica que insiste en el «morir matando»: más globalización, más desregulación, más folclorización y erosión de nuestra relación con el entorno natural. La ultraderecha está detrás de esta visión extraviada. Pero tampoco desde posiciones consideradas de izquierda o en los espacios agroecológicos se han creado referentes ni complicidades en el mundo rural para acompañar un descontento que es real para la pequeña producción.

Vivimos en contextos empobrecidos socialmente y llenos de incertidumbre. Tras el reciente apagón de electricidad, junto con las interesadas apelaciones a asumir una economía de guerra,

dicha incertidumbre se traslada a la ciudadanía: ¿nos sucederán apagones alimentarios? Recordemos que en este país una huelga de transportes en 2008 evidenció la fragilidad de nuestros mercados, copados por la gran distribución: tres días de parálisis logística y el gobierno movilizó a las tropas militares para garantizar la llegada de alimentos a las centrales de abastecimiento.

No se nos rompen las cadenas alimentarias, se nos rompe el mundo. Anda plagado de problemas revolucionarios, pero sin sujetos revolucionarios capaces de sentir colectivamente la necesidad de cambio, de ponerse a construirlo. Quienes levantamos la bandera de la agroecología vemos la dificultad de articularnos y aglutinarnos en torno a respuestas que conecten con descontentos de la ciudad y del campo, sobre salud o sobre cómo salir del imperio de la comida chatarra. Vagamos atrapadas —si se me permite la simplificación como herramienta pedagógica— entre las islas verdes difíciles de reproducir más allá de ciertos sectores con alto capital cultural o económico (agroecología de las macetas) y la entrada en el

gran agujero negro de los grandes supermercados y las pocas distribuidoras (lo ecológico como nicho de un mercado cada vez más elitista y convencionalizado). Urgen propuestas alimentarias que puedan ser nutritivas y palatables. Urge también reinventar y renombrar alternativas para poder abrir alianzas.

Puntos fuertes

La iniciativa de la Seguridad Social de la Alimentación puede abrir escenarios frente a estos mundos rotos y frente a propuestas que escalan poco (pero son necesarias) o que a veces escalan mal (y entonces tenemos que disputar la agroecología en el seno de la agricultura ecológica). Es una propuesta que saca la interpretación del derecho a la alimentación del marco asistencialista actual, que lo convierte en ayuda a usuarios que no deciden, productores que no participan y distribuidoras que lavan su imagen con algunos productos sobrantes.

Articular una respuesta dentro del marco actual de relaciones con el Estado —que, aun siendo injustas y orientadas a la industria alimentaria, aportan lo que André Gorz definiría como «reformas no reformistas»— implica potencialmente cambios sustanciales en la estructura del sistema agroalimentario, como el reconocimiento del derecho, una agenda económica y una infraestructura logística favorable a una producción y a una nutrición saludable y cercana.

La Seguridad Social de la Alimentación tiene intención de acercarse —según vemos en Francia— e incluso impulsarse desde la copropiedad de uso en la producción, la transformación y la distribución alimentaria. Resuena a una posibilidad de contagio cooperativo, si y solo si estos espacios de distribución alimentaria obedecen a las pautas y necesidades de quienes producen y consumen en un territorio. Desde ahí nos permitiría trascender los marcos locales para articularnos en el plano comarcal o biorregional, para luego llegar a niveles regionales superiores, saltando el cerco de las iniciativas dispersas.

Puntos débiles

Históricamente, el papel del Estado no ha sido favorable a una transformación desde abajo. Más bien, por su penetración por parte de las élites económicas y privilegiadas, se inclina a abrir falsas ventanas de oportunidad en torno a derechos, igualdades o agendas comprometidas con la vida.

Faltan prácticas reales que hagan de la alimentación digna y saludable un derecho compartido, no un privilegio a defender para ciertas capas sociales.

Aquí reside el riesgo de cooptación del sistema alimentario cuyos elementos centrales de decisión seguirán a cargo del Estado —como los formatos de pagos, las condiciones sanitarias y fiscales o los pliegos de servicio generales. Si el mecanismo funcionase, resultaría atractivo para la gran distribución y para quienes detentan el negocio de los monocultivos. Y, a la vez, podría excluir por razones técnicas a la pequeña producción, que no puede cumplir con pliegos o condiciones férreas y estandarizadas según una lógica industrial de gran escala. Algo así ocurrió en la segunda etapa del plan PNAE en Brasil bajo el gobierno de Dilma y, en general, con buena parte de gobiernos «progresistas» en Latinoamérica a partir de 2009, o en países centrales como Francia, a la hora de impulsar realmente la agroecología.

La posibilidad del contagio cooperativo desde territorios concretos de producción y consumo es la madre del cordero. Pero también aquí la monetización de un derecho puede desviarnos la mirada o puede relegar cuestiones vitales, como la importancia de garantizar el acceso a la propiedad o al uso de la tierra, la necesidad de una transición agroecológica adaptada al territorio, la implementación real del derecho a una nutrición digna y no a una ayuda para la ingesta de kilocalorías.

Se trata, además, de una medida que, sin un músculo social y cooperativo claro, se encontrará con ventanas políticas muy poco abiertas. Indudablemente, no es una medida costosa, si tenemos en cuenta el gasto militar o el rescate

de bancos en las últimas décadas. Pero la posibilidad de incrementar sustancialmente el presupuesto de la Seguridad Social parece lejana, pues la mayor parte de los arcos parlamentarios en la Unión Europea se alinean con la agenda militar y el incremento de endeudamiento solo en esa cuestión.

Inspiración y posibles claves

Y, sin embargo, se mueve. Las políticas regionales o municipales han tenido a bien seguir lógicas público-comunitarias en el campo de la alimentación. Me refiero, por ejemplo, a los programas de respuesta al aislamiento decretado durante la covid-19 o a las experiencias impulsadas en Francia en torno al Colectivo por una Seguridad Social de la Alimentación. Muchas de ellas se han creado desde y para la recreación de experiencias locales en Burdeos, Lyon, Rennes o París. Algunas, entre colectivos estudiantiles, como es el caso de la Universidad Libre de Bruselas, donde, como prueba piloto, 70 personas pueden hacer sus compras mediante una caja de seguridad alimentaria durante el curso.

A partir de ahí, desde procesos locales en movimiento, sí que podríamos tener éxito a la hora de explicar, defender y construir una realidad público-comunitaria en torno a la Seguridad Social de la Alimentación para impulsar una realidad congruente con el derecho a una nutrición apropiada y con una transición agroecológica justa. Se trataría de acompañar procesos territorializados, multiplicar agentes (producción, consumo, instituciones locales, lugares de trabajo o educativos) y acoger una multiplicidad de motivaciones para defender este proceso (razones laborales, económicas, de salud, ecologismo, derecho al territorio, defensa de culturas alimentarias locales, etc.). Y, de paso, desbancar las falsas banderas y el gran fuego amigo que, en el mundo rural, se recibe desde sectores de la ultraderecha que insisten en apoyar un sistema roto, para capas privilegiadas, y que terminará por excluirnos a casi todas del derecho a una producción sostenible y a una nutrición apropiada.

Es cierto que el contexto del Estado español no es el francés: ¿cómo aterrizar la centralización de decisiones en territorios permeados por culturas marcadas por tendencias centrífugas con respecto al Estado? ¿Tienen las nuevas generaciones esa visión o son más favorables a una instauración de derechos con anclaje en Estados fuertes?

¿Pueden la cogobernanza o las economías público-comunitarias convertirse en un punto de encuentro para la gestión de bienes necesarios como ya hacen comunidades energéticas o redes de salud comunitaria?

Quizás echar a andar —sin desandar lo agroecológicamente andado— sea la respuesta. Avanzar en alianzas bajo nuevos paraguas. Proponer un biosindicalismo alimentario que llame la atención de personas productoras, relacionadas con temas de salud y con sensibilidad crítica frente a una pésima ayuda alimentaria. Y, entonces sí, desde un Estado (presionado) que cede poder al protagonismo social, podríamos pensar en una Seguridad Social de la Alimentación que apoye el municipalismo y el biorregionalismo como base para producir, decidir, intercambiar y defender necesidades nutricionales. Todo ello a la par que se estimulan las luchas interseccionales, tanto para combatir injusticias que atraviesan lo alimentario —género, racismo, fractura campo-ciudad...— como para avanzar en el derecho a tener derechos muy palpables: alimentación sana, vivienda, transición energética.

Lo que sí sabemos es que hay urgencias que atender para ilusionar en el derecho a tener derechos y evitar que los platos rotos los sigan pagando, cada vez más, las comunidades y colectivos excluidos y sometidos por el sistema agroalimentario globalizado. Sabemos también que frente a la barbarie urge una democratización radical de estas megamáquinas de producción alimentaria o energética. Habrá que ver cómo se propone y se construye una Seguridad Social de la Alimentación para que el protagonismo venga desde abajo y se sitúe en el centro de esta apuesta. ●

Ángel Calle Collado

Profesor de la Universidad de Extremadura,
agricultor ecológico y coautor del libro
Territorios que alimentan,
junto a Isabel Álvarez Vispo

Mercè Renom Pulit

LA ALIMENTACIÓN EN LAS CIUDADES

DEL COMÚN AL CAPITALISMO

La ciudad de Barcelona cuenta hoy con 41 mercados alimentarios municipales. Además, el Ayuntamiento de Barcelona, propietario de estos mercados, es accionista mayoritario de Mercabarna, la gran infraestructura de distribución mayorista de alimentos. Estos bienes públicos podrían ser la base de políticas de carácter social en materia de alimentación de la ciudadanía, una necesidad tan básica como la salud o la enseñanza.

10 Pocas ciudades disponen de unas infraestructuras alimentarias públicas como las que tiene Barcelona. Y es precisamente esta propiedad la que permitiría desarrollar políticas de gestión e intervención en el mercado alimentario que fueran más allá de las que ya existentes, focalizadas en los comedores escolares, en la calidad, estacionalidad y proximidad de los alimentos, en la prevención del desperdicio o en la promoción de los cambios culturales. En cambio, podrían ser innovadoras en marcos como el del Pacto de Política Alimentaria de Milán (firmado por la ciudad en 2015) o como el proceso de elaboración de la Estrategia de Alimentación Saludable y Sostenible Barcelona 2030.

Como refuerzo de estas reflexiones, trataré dos aspectos que explican el proceso histórico que ha llevado a Barcelona a esta situación y su potencialidad: 1) una breve explicación histórica de cómo las ciudades se dotaron de instalaciones y de derechos para llevar a cabo políticas de abastecimiento alimentario, un proceso que duró unos quinientos años, hasta la instauración del mercado libre capitalista en el siglo XIX, sistema vigente en los últimos doscientos años, que es el que nosotros conocemos y consideramos inamovible; y 2) El relato de la transformación de los mercados en los últimos cien años.

Cinco siglos de gestión municipal del abastecimiento alimentario

Nos remontamos al siglo XII, momento en que empezaron a formarse núcleos urbanos de cierta dimensión en toda Europa occidental. Antes, con la crisis del Imperio romano en el siglo III, se produjo una fragmentación territorial y política, y una cierta ruralización. Este proceso dio paso a lo que se ha conocido como época feudal.

Así, cuando algunos núcleos urbanos empezaron a crecer, reclamaron personalidad jurídica y derechos políticos. La ciudad de Barcelona pudo gobernarse a partir de 1249, al ser reconocido el Consell de Cent, la institución municipal, formada por cien ciudadanos. A partir de entonces, la ciudad fue adquiriendo otros derechos que le permitieron garantizar el abastecimiento alimentario y la sostenibilidad urbana. Las ciudades europeas, por compra o a cambio de servicios, rescataron ciertos derechos y algunas instalaciones básicas —como hornos, panaderías, carnicerías, tiendas, corrales, hostales, etc.— que hasta entonces eran monopolios de señores laicos o eclesiásticos (monarcas, monasterios y obispados). Aquellas instalaciones dejaron de ser monopolios señoriales para convertirse en bienes municipales.

Estos derechos y estas instalaciones dotaron a las ciudades de importantes bienes colectivos

y permitieron a los gobiernos urbanos desplegar políticas de provisión alimentaria. Aunque existían ciertas limitaciones y conflictos con algún remanente de derechos señoriales, el principal control lo ejercía la comunidad, que había sufragado las compras y asumido los servicios que permitieron el rescate. Los vecinos exigían un «buen gobierno» de la ciudad y unos «precios justos» para los alimentos.

Durante un tiempo, el Consell de Cent tuvo conflictos con los virreyes, que conservaban ciertos derechos y podían imponer tasas sobre las exportaciones. En ocasiones, habían autorizado exportaciones de trigo incluso cuando escaseaba en la ciudad. A principios del siglo XVI, el gobierno de Barcelona logró mayores atribuciones y pudo frenar las ambiciones del virrey y evitar las exportaciones de trigo en momentos de carestía. Así, el Consell de Cent actuaba como un agente más en este sector y regulaba otras transacciones económicas alimentarias con una gran autonomía.

La sostenibilidad urbana y la eficacia de los gobiernos locales exigían poner freno a los intereses individuales y priorizar los colectivos. Fue un sistema que el historiador británico E. P. Thompson denominó «economía moral».

La llegada del liberalismo económico

Este sistema de monopolios municipales, vigente en todas las villas y ciudades europeas desde finales de la Edad Media, entró en crisis a

partir del siglo XVIII, cuando empezaron las presiones del liberalismo económico y del mercado libre capitalista. Los principios liberales priorizaban los intereses individuales. Para introducirse, el liberalismo económico desacreditó las anteriores formas de gestión y, de manera especial, los monopolios municipales, sin discernir que hasta entonces aquellos monopolios habían actuado en beneficio de la colectividad y no en el de los intereses de particulares, como los que se formaron después.

La transición se dio en paralelo a la construcción de los Estados modernos, que centralizaron las decisiones políticas y las alejaron del territorio. Las constituciones reconocieron derechos políticos a los ciudadanos (en España, a partir de 1812, con sufragios reservados a las élites; en 1890, con el sufragio masculino; y, mucho más tarde, a partir de la Constitución de 1931, con derecho de voto para las mujeres), pero durante décadas se reprimió la movilización social. Con la desamortización de 1855, los municipios perdieron los bienes municipales (hornos, panaderías, carnicerías...), cuya venta revirtió sobre todo en reducir la deuda del Estado, como ya había ocurrido en los anteriores procesos de desamortización de bienes eclesiásticos.

En el siglo XIX Barcelona ya era una ciudad industrial. Si faltaba pan, los vecinos ya no reclamaban «pan barato», como aún ocurría en otras ciudades españolas, sino «pan y trabajo», porque entonces los salarios empezaron a ser más



Mercado de Santa Caterina restaurado en 2005. Foto: Nolasca Riba.

En Barcelona no faltaba el trigo

La mayoría de las infraestructuras alimentarias municipales estaban destinadas al abastecimiento de trigo, el alimento básico en esa área. Barcelona logró el monopolio de las importaciones de cereales. Gracias a ello, los gobiernos subvencionaban expediciones para la compra de trigo —que llegaba mayoritariamente por mar—, protegían las embarcaciones, enviaban agentes al territorio para conocer el estado de las cosechas y los precios, hacían compras y las almacenaban para ponerlas en venta en momentos de carestía y de elevación de precios. Podían inspeccionar almacenes de posibles acaparadores y requisar sus mercancías e incluso, si había escasez, podían retener los barcos que transportaban trigo por la costa y obligarlos a venderlo a la ciudad, en virtud del privilegio vi vel gratia de 1329, todavía vigente en el siglo xvii. Eran políticas alimentarias en pro del «bien común». Si estas fallaban, el vecindario gritaba «via fora fam» (fuera el hambre), y, si el gobierno no rectificaba, la población se amotinaba y prendía fuego a algunos espacios de abastecimiento. Era imprescindible el «buen gobierno» de los bienes de la ciudad para mantener la paz social.

significativos para el nivel de vida que los precios. Los gobiernos de la ciudad intentaron paliar las crisis y el paro obrero con una política de obra pública que tuvo el apoyo de la propia burguesía industrial —interesada en mantener mano de obra en reserva— y de la burguesía implicada en la expansión urbana. Entre estas actuaciones, se inició la construcción de los primeros mercados modernos, siguiendo el modelo de las grandes ciudades europeas. Los dos primeros, en la década de 1840, fueron el de la Boqueria (Sant Josep) y el de Santa Caterina, ambos situados en terrenos de conventos incendiados en el motín de 1835. En las décadas de 1870 y 1880, se construyeron los mercados del Born, Sant Antoni, la Barceloneta y la Concepción. A principios del siglo xx, Barcelona ya contaba con una docena de mercados municipales, al sumar los de los municipios agregados en 1897.

Los mercados del siglo xx: crecimiento, crisis y revalorización

En el primer tercio del siglo xx se construyeron nuevos mercados municipales y otros más aún durante el franquismo, que priorizó garantizar la alimentación de la mano de obra que llegaba a los barrios infradotados de Barcelona mientras les negaba escuelas y centros de salud.

Con la recuperación de la democracia municipal en 1979, el Ayuntamiento de Barcelona heredó una cuarentena de mercados en estado deplorable. Entretanto, muchas ciudades europeas se habían deshecho de los suyos para dar paso a supermercados e hipermercados. Era perceptible que, con su abolición, los barrios habían perdido identidad y espacios de relación vecinal. Además,

se había debilitado la actividad comercial que se generaba a su alrededor.

Mantener los mercados municipales de Barcelona y apostar por su remodelación fue una decisión de gran trascendencia, que ha supuesto el mantenimiento de unos bienes colectivos a los que hay que sumar su capacidad de decisión en Mercabarna. No pueden gestionarse con los criterios de los gobiernos de las ciudades preliberales, porque el contexto económico es diferente, pero constituyen una base muy valiosa para actuar en favor de la colectividad. La gestión, ahora orientada al beneficio económico (aunque sea el de la hacienda municipal), podría dirigirse al beneficio social, en pro de la sostenibilidad y del bien comunitario.

Con criterios políticos, se podrían rebajar las adjudicaciones de las paradas de los mercados a cambio de pedir condiciones de sostenibilidad y precios asequibles; se podrían favorecer determinados sectores o determinadas formas de producción; se podrían reservar espacios para determinados colectivos... Entretanto, al dejar su gestión a la libre competencia, unos mercados languidecen y otros se rinden al turismo.

Es imprescindible tomar conciencia del valor de estos bienes colectivos de la ciudad y de su potencial como instrumentos de políticas alimentarias. Es una conciencia que deben tomar tanto las organizaciones políticas y sociales como el vecindario.

Mercè Renom Pulit

Historiadora



Ecomercado de La Ilustración
(Universidad Pablo de Olavide, Sevilla).
Foto: Purificación Murillo Vasco

De derechos a responsabilidades colectivas

Gadea Claver

El artículo 25 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales (PIDESC) establece que todas las personas tienen derecho a una alimentación adecuada. Este derecho no solo implica tener comida en el plato, sino también contar con los medios adecuados para obtenerla. Dicho de otro modo, el derecho a la alimentación no puede desligarse del derecho a disponer de los medios para producir alimentos. ¿Cómo pensamos esto en el presente?

En 1948 se redacta la versión final de la Declaración Universal de los Derechos Humanos un, proyecto en el que participaron más de cincuenta Estados miembros. Este proceso tuvo lugar durante el período de posguerra tras la Segunda Guerra Mundial, cuando se constituyó la Organización de las Naciones Unidas, que impulsó y amparó la

elaboración del documento. El fin último de esta declaración era mantener la paz y la seguridad internacionales, brindar asistencia humanitaria a quienes la necesitan, proteger los derechos humanos y defender el derecho internacional.

Son muchas las pensadoras que problematizan la retórica de esta declaración, así como el

paradigma ideológico en el que nace. En el caso concreto del derecho a la alimentación, cabe preguntarse: ¿a qué tipo de alimentos nos referimos? y ¿cómo se producen?

Los ecofeminismos y los movimientos anticoloniales inciden en que ciertas categorías abstractas, como *humanidad* o *ciudadanía*, alimentan un discurso que invisibiliza las opresiones concretas que se viven de forma estructural por cuestión de clase, género o raza. Si bien acabar con estas relaciones de poder es el horizonte de miras, evidenciar estas desigualdades es el primer paso para empezar a construir.

Algunas de las pensadoras tratan de arrojar luz sobre las relaciones de interdependencia que parecen ausentes en el relato que enfatiza la consecución individual de determinados derechos. ¿Qué significa alimentarse bien? ¿Es «la suma de individuos» la manera en que se mide la consecución del derecho a la alimentación en un territorio determinado? ¿A costa de qué y de quiénes?

Una triple negación

Si hablamos del derecho a una alimentación digna y de calidad, no podemos quedarnos únicamente en el hecho de acceder o no a ella, especialmente en un mundo globalizado y con un modelo de producción con fuertes dependencias internacionales. Si tomamos en cuenta aquellas regiones donde ese «derecho a la alimentación» está más cubierto —medido exclusivamente por la calidad de la dieta y los nutrientes obtenidos por la suma de sus individuos—, cabría preguntarse también cómo se ha producido y qué desigualdades genera su producción en los territorios implicados. Medir solo el resultado, esto es, el acceso a determinados alimentos por parte de unas personas frente a otras, puede llevarnos a pasar por alto algunas cuestiones, por ejemplo: que actualmente podríamos producir alimentos para toda la humanidad, controlar de manera sofisticada adversidades que en el pasado provocaban grandes hambrunas —como determinados fenómenos climáticos— y que, pese a esa abundancia, siguen existiendo altos niveles de escasez alimentaria y desnutrición en distintas partes del mundo, así como consecuencias climáticas catastróficas.

La ecofeminista Yayo Herrero establece que los valores de la cultura neoliberal se construyen a partir de una triple negación: la negación de relación de interdependencia con la naturaleza, vista únicamente como fuente ilimitada de recursos; la

negación de la relación de dependencia con otras humanas que posibilitan mantener una vida; y, por último, la negación de que somos cuerpo y sin él nuestra vida tampoco puede sostenerse. En el contexto actual, fruto de un aumento exponencial de la interdependencia socioeconómica globalizada y la concentración de la producción en pocas manos, cobra más relevancia la premisa que Yayo plantea. Es ahora, sin embargo, cuando en los países comúnmente denominados del norte global se hacen más evidentes los efectos de este desarrollo globalizado. Podemos verlo claramente en las consecuencias climáticas, fruto de una producción ecocida que comienza a manifestar los primeros efectos negativos que en un futuro podrían ser irreversibles. Un ejemplo de ello son los datos preocupantes sobre el papel que juega la agricultura de monocultivos a escala mundial en la pérdida de biodiversidad funcional.

Por su parte, Marta Rivera-Ferre señala en la revista *Métode* que, a pesar de poder alimentarnos de más de 7000 especies de plantas, solo tres cultivos —arroz, trigo y maíz— representan el 60 % de las calorías y el 56 % de las proteínas que obtenemos de las plantas. Además, el impacto climático es tal que, en porcentajes, el sistema alimentario en su conjunto genera un tercio de las emisiones de gases de efecto invernadero. Estas consecuencias ecosociales se manifiestan, aunque de manera desigual, en todo el globo, y el norte global no queda exento de sus efectos, cuyas posibles soluciones solo pueden ser colectivas. Esta dependencia global se muestra en un sistema de producción alimentaria global estructuralmente basado en desigualdades entre territorios y clases. Entre otros aspectos, en la diferencia entre marcos legislativos, que favorece que las condiciones laborales de los trabajadores sean más precarias en los territorios de origen de los alimentos que las de los trabajadores de los países a donde se exportan, lo que permite extraer mayor beneficio. De esta manera, pareciera que el derecho a la alimentación en los territorios con mayor PIB se mantiene a costa del detrimento de los derechos en otros.

En un mundo cada vez más globalizado e interdependiente, en el que el sistema capitalista ha conquistado la producción mundial, pensar los derechos humanos como una consecución progresiva de la suma de individuos es cada vez más complejo. Por supuesto, muchas son las iniciativas de base que se ponen en marcha para subvertir esta desigualdad estructural en el ámbito

Un derecho a la alimentación que solo pueda entenderse como un objetivo internacional ha de tener en cuenta, de la misma manera, los deberes urgentes con lo que hemos denominado “naturaleza”.

alimentario. La agroecología transformadora, los grupos de consumo o los supermercados cooperativos demuestran que otros modelos de producción, organización y consumo son posibles. Sin embargo, el verdadero escalamiento solo puede producirse de forma colectiva, cuando el derecho a la alimentación, entendido en su más amplia consecución, llegue a todas las personas del planeta y esté plenamente desmercantilizado.

Las miradas antropocéntricas

Sin embargo, las consecuencias de nuestro modo de producción globalizado nos sitúan ante una encrucijada especialmente alarmante: la crisis climática. Actualmente asistimos a una degradación ambiental cuyas repercusiones exigen un abordaje urgente para garantizar la supervivencia. Un derecho a la alimentación que solo pueda entenderse como un objetivo internacional ha de tener en cuenta, de la misma manera, los deberes urgentes con lo que hemos denominado «naturaleza». Las consecuencias globales del cambio climático nos obligan a pensar en soluciones colectivas: no bastan las respuestas individuales ni las recetas antropocéntricas. Solo mediante una acción coordinada y poniendo en común la sensibilidad, el conocimiento y la teoría que nos permite conocer las causas y las posibles soluciones de esta crisis, podremos hacerle frente.

Para ello es fundamental, como dicen las compañeras ecofeministas, visibilizar la práctica ecocida de nuestro modelo de producción, que se apropia de la tierra y explota sus recursos de forma ilimitada, muchas veces sin posibilidad de regenerarlos. Tomar conciencia de esta realidad no debe conducir a un mayor cuidado de la tierra con el único fin de perpetuar el ciclo de explotación ilimitada, sino a detener esa dinámica caníbal y a situar a una misma altura el derecho a la vida de nuestra especie junto con el resto de las especies de la tierra.

Esta práctica y filosofía de la interdependencia y ecodpendencia no es nueva, sino que se enriquece de la tradición epistemológica que reivindican desde hace décadas los movimientos indígenas. Así lo recoge, por ejemplo, Aimé Tapia González en su libro *Mujeres indígenas en defensa de la tierra* (2018), donde estudia «la relevancia de las mujeres indígenas como productoras de epistemología y ética en el contexto de la globalización neoliberal».

En conclusión, los derechos humanos deben repensarse cada vez más allá de su medición individual en un sistema globalizado, entendiendo que la verdadera soberanía alimentaria solo es posible si es universal; es decir, si se transforma el sistema global que reproduce desigualdades de clase, género y raza, y se garantiza una alimentación global sin opresión.

De la misma forma, especialmente ante la acuciante crisis climática, el concepto de «derechos» no se sostiene, puesto que la relación de reciprocidad, tanto social como con el medio natural, ha de cambiar radicalmente. Concretamente, necesitamos más que nunca volver a adaptarnos y ser parte de los ciclos biofísicos planetarios con nuestra producción, lo que requiere orientar nuestra actividad hacia ese objetivo prioritario. Sin duda, es fundamental aprender de epistemologías pasadas y presentes —como las de muchos pueblos originarios o nuestras formas de vida comunales y campesinas—, que nos enseñan otras formas de relacionarnos situando en el centro la ecodpendencia como base desde la que volver a construir.

Gadea Claver

Antropóloga social y cultural, investigadora en escalamiento agroecológico y socia del supermercado cooperativo La Osa

Mario Vargas

LOS SUPERMERCADOS PÚBLICOS Y EL FOMENTO AL CONSUMO DE LA PRODUCCIÓN NACIONAL:

el caso de Bolivia

A finales de los años ochenta, la apertura del primer supermercado en la ciudad sede de gobierno generó expectativas en la población y muchas familias participaron de la inauguración festiva. Para ese grupo social de la zona sur de La Paz, la modernidad en el comercio de alimentos había llegado: un solo lugar donde podrían comprar muchas cosas, ordenadas en anaqueles, como se veía en las películas y las telenovelas. Hoy el Estado boliviano implementa supermercados públicos en zonas urbanas y rurales, que, además, son un mecanismo de incentivo del consumo de la producción nacional.

En Bolivia, la canasta básica de alimentos presenta sensibilidad al precio debido a la disponibilidad de la oferta de los productos; en algunos casos, a causa de fenómenos climáticos que limitan las cosechas y una producción suficiente. Otro factor es la temporalidad de los cultivos; algunas hortalizas, como las cebollas, el tomate, las zanahorias, entre otras, se importan de los países vecinos para satisfacer la demanda nacional. Los productos con mayor sensibilidad al precio son el arroz, el azúcar, el aceite, la harina de trigo, la carne de res y el pollo. Todos ellos presentan incrementos altos en sus precios y generan fenómenos especulativos.

Regular la disponibilidad de alimentos

Durante los últimos casi veinte años, el gobierno boliviano propició diversas estrategias que complementan o fortalecen la oferta de alimentos y el control de la inflación. Se implementó un arancel cero a la importación de alimentos y en diferentes momentos se restringe la exportación de algunos productos de la agroindustria (soya y sus derivados y carne de res, entre otros), cuando la oferta de productos alimenticios no abastase el mercado nacional.

En agosto del 2007 el gobierno boliviano, en el marco de su plan de desarrollo, creó

la Empresa de Apoyo a la Producción de Alimentos (EMAPA), con el propósito de contar con un mecanismo gubernamental para intervenir en el mercado interno en los precios y la oferta de productos de alta demanda alimentaria y controlar la inflación. Por ejemplo, en el actual escenario de precios inflacionarios que atraviesa el mercado boliviano, un producto con alta sensibilidad es el aceite vegetal o comestible, cuyo precio por botella de 900 mililitros subió de 14 a 22 bolivianos (Bs). En este contexto, EMAPA oferta 1 litro de aceite en Bs 14 y cuenta con un sistema de venta y distribución a nivel nacional.

Otra de las estrategias del gobierno boliviano, que también presenta vínculos con la venta de productos de EMAPA, es Consume lo nuestro, una plataforma que fomenta el consumo de productos y servicios de Bolivia. Además de divulgar los valores del consumo local, afecta directamente a las y los servidores públicos, personal eventual y consultores individuales de las entidades y empresas del nivel central del Estado, quienes reciben a través de una aplicación móvil un monto o refrigerio de Bs 18 por día trabajado para la compra de alimentos y ropa. En el caso de los alimentos, la transacción se lleva a cabo en los SuperEMAPA.

Productos de la agricultura familiar (Anzaldo, Cochabamba), un desafío para incorporar en los supermercados de EMAPA. Foto: Mario Vargas.

AMASANDO LA REALIDAD



De la distribución en los mercados al establecimiento de superEMAPA

EMAPA comenzó sus ventas al por mayor y de forma directa al público, inicialmente con azúcar y harina de trigo. Las ventas al por mayor fueron contraproducentes, debido a que los comerciantes que adquirían estos productos a precios inferiores los ocultaban para generar una disminución de la oferta, lo que les permitía mayores ganancias a los intermediarios al incrementar los precios posteriormente. Frente a esta situación, EMAPA intervino en el mercado minorista mediante el establecimiento de sucursales propias y supermercados.

Desde entonces hasta la actualidad EMAPA cuenta con 100 puntos de venta habilitados en todo el territorio boliviano, de los cuales 38 están ubicados en el área urbana y 62 en áreas rurales. Los supermercados en las zonas rurales son innovaciones importantes en la comercialización de alimentos. Tradicionalmente, en el ámbito rural, las ferias semanales son los espacios de compra y venta de productos agropecuarios y alimenticios. La presencia de SuperEMAPA no altera la estructura y frecuencia de estas ferias rurales, permite regular los precios que se convierten en referenciales para el comercio tradicional y amplía la oferta de productos de la industria nacional. EMAPA trabaja con al menos 321 proveedores y 7675 productos comercializados. Mediante estos puntos de comercialización, el ingreso por venta de productos en el 2024 alcanzó Bs 977.461.592,93 (124 millones

de euros), cuya ganancia para EMAPA fue de Bs 44.097.679,85 (5,5 millones de euros).

El papel ampliado de EMAPA hacia el fomento a la producción

Estos supermercados públicos suponen un estímulo para la producción. En los primeros años de comercialización de EMAPA, el azúcar y la harina de trigo provenían de importaciones; en los años posteriores, la oferta se amplió con productos de la industria nacional. Los pequeños emprendimientos, las medianas y grandes empresas son los proveedores de una gran diversidad de productos, no solo alimentarios. Para la vinculación de pequeñas fábricas de alimentos a este sistema de comercialización, se tuvo que mejorar la inocuidad alimentaria, estandarizar los productos, garantizar volúmenes de producción y cumplir aspectos administrativos e impositivos, conforme a lo establecido en la normativa nacional.

En el marco de la política pública vinculada con la soberanía alimentaria, se tomaron medidas como la prohibición de las exportaciones de alimentos, la eliminación de aranceles, la compra a mejores precios de la producción de los agricultores, la fijación de precios y la creación de EMAPA. En septiembre de 2008 se amplió el papel de esta empresa en la producción y oferta de alimentos.

El Decreto Supremo 29230 dispone que «EMAPA tiene por objeto apoyar a los sectores de la cadena productiva de alimentos; a la producción

Cultivos de maíz duro destinado a los sistemas de crianza de animales, acopiados y distribuidos por EMAPA, Municipio de Ascención de Guarayos, Santa Cruz. Foto: Mario Vargas



agropecuaria y agroindustrial; contribuir a la estabilización del mercado interno de productos agropecuarios y agroindustriales, y a la comercialización de la producción del agricultor en el mercado interno y externo». Sus principales actividades están vinculadas con el apoyo a los sectores productivos de alimentos, la compra-venta de insumos y productos agropecuarios y agroindustriales, la transformación básica de la producción y su comercialización, además de la prestación de servicios para el sistema de producción en los que se encuentran los productores agropecuarios, la asistencia técnica, el alquiler de maquinaria, el almacenamiento y el financiamiento para la producción agropecuaria.

En ese contexto, el papel de EMAPA se concentra en los consumidores, los productores agropecuarios y la disponibilidad de infraestructura para el acopio y la transformación básica de productos. Con respecto a los consumidores, las acciones están relacionadas con la estabilización de los precios y la disponibilidad de los principales productos de la canasta básica de alimentos, la oferta proviene de la producción obtenida con el apoyo de la misma empresa o también de las adquisiciones del mercado nacional e internacional. En cuanto a los productores, estos reciben apoyo a la producción a través de la entrega de semilla certificada, agroquímicos, asistencia técnica y el alquiler de maquinaria para la habilitación y preparación de suelos, siembra y cosecha, alimento balanceado para la ganadería lechera. EMAPA entrega a los

productores los insumos y servicios productivos, cuyos costos son cobrados al final de la cosecha, mediante un descuento en el momento del pago por la producción a cada productor.

Una función importante que emprendió la empresa es la construcción de infraestructura para el acopio y la transformación básica de productos. Actualmente cuenta con 11 plantas de acopio, con una capacidad de almacenamiento total de 474,360 toneladas, instaladas en los principales territorios de producción de granos (arroz, trigo, maíz, soja, quinua). Asimismo, se espera que en los próximos

meses empiece a operar la nueva planta industrial de procesamiento de soya de EMAPA, con una capacidad de procesamiento de 300.000 toneladas de soya al año, cuya producción estimada es de 67,3 millones de litros anuales, lo que permitiría satisfacer hasta el 76 % de la demanda nacional de aceite comestible. Junto a esta, existen otras plantas que elaboran galletas, fideos, papas fritas, entre otros productos.

En resumen, EMAPA contribuye a la comercialización de la producción de los agricultores en el mercado interno; posiciona al Estado como promotor de la producción agrícola, con incidencia prioritaria en la producción, transformación primaria y comercialización de la producción de los pequeños y medianos productores rurales; apoya a la cadena productiva de alimentos en la perspectiva de seguridad y soberanía alimentaria; posibilita la organización y el fortalecimiento de las organizaciones de productores.

Los beneficios y desafíos de EMAPA en la economía y sociedad boliviana

El gobierno boliviano, al implementar su política pública de seguridad y soberanía alimentaria, asume estrategias heterodoxas (respecto a la receta liberal), como el establecimiento de cupos para la exportación de productos agropecuarios, la imposición de arancel cero para la importación de alimentos o el control de la inflación mediante precios franja para los productos del sector

Inauguración del supermercado EMAPA número 100 en la zona de Miraflores, La Paz. Julio 2024. Foto: EMAPA



agroalimentario. Se espera que estos procesos no ocasionen el debilitamiento del aparato productivo nacional, sino, más bien al contrario, que fortalezcan la capacidad productiva, mediante el incremento de la productividad y el acceso a mercados de exportación a partir de los excedentes de la producción nacional.

La agroindustria boliviana se sustenta en la ampliación de la frontera agrícola y la exportación de soya transgénica, girasol, sorgo y maíz duro (se estima que más del 80 % es transgénico, pero no autorizado legalmente). Por otra parte, el gobierno nacional promueve el incremento de mayores superficies de los cultivos oleaginosos y espera que la producción de granos alimente la producción de biodiésel. Este escenario plantea problemas ambientales y de abastecimiento de alimentos, donde EMAPA se constituye en un mecanismo de fomento a la producción bajo ese modelo de desarrollo extractivista, agroindustrial y no necesariamente relacionado con la agricultura familiar y sus sistemas diversificados de cultivos y alimentación.

La infraestructura para el acopio y la transformación básica de productos implementada por EMAPA presenta una inversión significativa. En el sistema de acopio casi duplica la capacidad establecida por el sector privado, en toneladas estáticas de capacidad de almacenamiento. Será importante focalizar y consolidar los procesos de transformación básica procurando no afectar a la pequeña y mediana industria nacional. Existen rubros, como el aceite, que es de consumo masivo, en los que la intervención de esta empresa fortalece la oferta nacional, mismo que debería favorecer la disponibilidad de los volúmenes de exportación en el sector privado.

En el caso de productos de consumo masivo (soya, maíz y girasol, entre otros), será importante que EMAPA fomente tecnologías y prácticas productivas sostenibles y que el incremento de las superficies cultivadas o de crianzas ganaderas no esté correlacionado con la deforestación de bosques. En este caso, se requiere un abordaje desde las prácticas productivas, las tecnologías empleadas, los niveles de rendimiento y productividad y la asistencia técnica adecuada, así como mejorar la organización de la producción y la identificación de productores que requieren el apoyo.

Los 62 puntos de venta de EMAPA en zonas rurales posibilitan el acceso a productos de la canasta básica de alimentos en poblaciones distantes de los grandes centros urbanos. La oferta de alimentos está relacionada con productos de consumo estándar que en cierta medida homogeniza el sistema alimentario y en el futuro podría generar dependencia de esos productos en su alimentación cotidiana. En un país con una gran agrobiodiversidad y varios sistemas alimentarios, es un desafío mantener la alimentación diversificada conforme a las características propias de las ecorregiones y sus culturas, esto significa promover el desarrollo de productos alimenticios con base en esa biodiversidad y para ello se requiere ampliar el conocimiento sobre los usos y procesos de transformación, fomentar la producción para alcanzar volúmenes y calidad que permitan una oferta adecuada e instalar una capacidad productiva para la transformación o comercialización.

Finalmente, el precio justo para el consumidor es determinante, así como para los productores agropecuarios. En un sistema de dinámicas relacionadas con las economías regionales y globales, emprender políticas públicas que intervengan en la producción y el comercio de alimentos plantea grandes desafíos institucionales y normativos. Es responsabilidad del Estado garantizar la disponibilidad de los alimentos y el acceso de la población en general. La experiencia que viene desarrollando Bolivia es un aporte hacia esas posibilidades.

Mario Vargas

Especialista en innovación y desarrollo tecnológico agropecuario

Marta Soler Montiel

¿Renta básica para la soberanía alimentaria?

Ante la crisis ecosocial que vivimos, necesitamos impulsar transiciones agroecológicas campesinas, feministas y decoloniales, construidas desde la diversidad de los territorios. Para ello precisamos diseñar colectivamente estrategias que combinen múltiples herramientas de cambio desde las políticas públicas a lo más personal y doméstico. La renta básica es una de esas herramientas, aunque pocas veces la hemos considerado específicamente en el ámbito agroalimentario.

De entre las distintas propuestas existentes, la renta básica universal es la más inclusiva y se formula como el derecho de toda persona a recibir de forma incondicional una cantidad periódica de dinero para cubrir sus necesidades vitales fundamentales. Se propone como una herramienta para conseguir más libertad individual respecto al mercado, sobre todo el laboral. No es poco, dados los niveles insoportables de violencia económica y privación de lo necesario para la vida que padecen tantas personas en el planeta.

Si aplicamos una fórmula similar para el campo (renta agraria), se abren muchos interrogantes: ¿cómo afectaría una renta básica al mundo agrario y alimentario?, ¿es la renta básica una herramienta útil para las transiciones agroecológicas para la soberanía alimentaria? ¿Renta agraria y alimentaria para quién, para qué y cómo? Acá nos proponemos¹ compartir algunas reflexiones, sobre todo abriendo interrogantes, como parte de un debate que construya respuestas colectivas.

Renta agraria y renta alimentaria para la soberanía alimentaria

En el mundo agroalimentario la renta básica implicaría que quienes están en el campo

tuvieran una garantía de ingresos mínimos que les otorgara libertad en su forma de trabajar cultivando, criando animales y produciendo alimentos. El objetivo, desde la perspectiva de la soberanía alimentaria no sería buscar la libertad para no producir (ya que la renta básica permite a las personas abandonar el mercado laboral), sino la libertad para cultivar de forma agroecológica escapando a las exigencias de los mercados globales y rompiendo las desigualdades de clase, género y etnicidad.

Esta renta agraria, como herramienta de un proceso, podría acompañarse de una renta alimentaria para garantizar que el conjunto de la sociedad disponga de ingresos suficientes para adquirir alimentos en el mercado. Desde la perspectiva de la soberanía alimentaria, no sería cualquier tipo de alimentos en cualquier mercado, ya que el objetivo es un cambio en las dietas para que sean más locales, de temporada y agroecológicas. Esto implica rehacer las cocinas rompiendo la división sexual del trabajo, además de cambios en los canales de comercialización articulados con agriculturas y ganaderías campesinas.

Tengamos en cuenta que marcar objetivos agroecológicos y de soberanía alimentaria choca con la premisa de incondicionalidad de la renta básica universal, ya que busca vincular un derecho individual de ingresos a un proyecto colectivo



Campesinos de Extremadura. Un comité de campesinos que saludan con el puño a los milicianos que salen para unirse a las fuerzas de Madrid. Foto: David Seymour, 1936. CC BY-SA 4.0 (<https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/>).

de cambio de los sistemas agroalimentarios. ¿Es esto posible? ¿Cómo hacerlo sin caer en dinámicas coactivas?

La PAC y el subsidio agrario: lejos de la renta básica para la soberanía alimentaria

En nuestro sector agrario se aplican en la actualidad dos políticas públicas que tienen como objetivo garantizar ingresos mínimos a quienes trabajan la tierra: la Política Agraria Común (PAC) y el subsidio agrario de Andalucía y Extremadura. Ambas están lejos de aportar una renta básica incondicional, pero nos aportan reflexiones que pueden servir para el debate.

Las ayudas directas de la PAC a titulares de fincas agrarias activas se distribuyen de forma muy desigual y se concentran en manos de las grandes propiedades al estar basadas en el número de hectáreas de las explotaciones. También se concentran en manos de los hombres, ya que el sector agrario está muy masculinizado y se da una mayor emigración rural femenina y de personas LGTBIQ+ debido a las dificultades para desarrollar proyectos vitales propios y autónomos. Aunque muchas mujeres y

personas LGTBIQ+ sean protagonistas no siempre reconocidas de las transiciones agroecológicas para la soberanía alimentaria. Se abren más interrogantes: con una renta básica, ¿tendrían estas personas más presencia en el sector o se retirarían de la actividad?, ¿cómo garantizar el apoyo a quienes cultivan y crían animales con prácticas agroecológicas y organizaciones socioeconómicas comunitarias campesinas feministas, en especial a mujeres, personas LGTBIQ+ y migrantes?

En el actual modelo de agricultura intensiva, el dinero de la PAC está poco tiempo en manos de quien trabaja la tierra y pasa con rapidez a las empresas que les venden insumos industriales como fertilizantes inorgánicos, herbicidas, plaguicidas, pesticidas, semillas, piensos compuestos, maquinarias, herramientas, productos veterinarios, etc. Este dinero contribuye así a garantizar el abastecimiento barato de materias primas agrarias a las industrias y distribuidoras alimentarias, pero en detrimento de la renta de quien trabaja la tierra, que sigue percibiendo bajos precios, lo que incentiva una búsqueda continua de altos rendimientos reduciendo costes, sobre todo laborales. Esto nos plantea más preguntas: ¿renta agraria básica para qué?, ¿cómo conseguir que la renta

1. Hablo en plural porque todas nuestras ideas se construyen colectivamente, enraizadas en redes de vida laboral, social y sobre todo afectivas de amistad y cotidianidad, aunque casi siempre olvidamos mencionarlo.

agraria básica se destine a mejorar la vida de la gente del campo que protagoniza las transiciones agroecológicas que necesitamos?

El subsidio agrario de Andalucía y Extremadura aporta unos ingresos mínimos vitales a una parte de la población rural, aunque no sea este su objetivo político prioritario, que responde sobre todo a los intereses de las empresas agrarias. Sin embargo, no hay evidencias de que estas rentas estén contribuyendo a la soberanía alimentaria en estos territorios. En la actualidad, también en el mundo rural, sobre todo en zonas latifundistas, el acceso a los alimentos tiene lugar mayoritariamente en supermercados pertenecientes a empresas insertas en cadenas globales. Dar dinero a los consumidores no garantiza salir de los supermercados, comprar en mercados agroecológicos locales, avanzar hacia dietas menos cárnicas basadas en alimentos frescos de temporada o compartir las responsabilidades de género en las cocinas que consoliden las transiciones agroecológicas y la soberanía alimentaria.

La renta básica y el derecho al sustento

En el capitalismo, se vulnera constantemente el derecho al sustento, como ponen de manifiesto las estadísticas de hambre, la malnutrición y la cantidad de gente sin techo o habitando infraviviendas. Esta permanente amenaza implica una coacción constante para plegarse a las dinámicas del trabajo asalariado y, por tanto, de los mercados. La economía capitalista privatiza los comunes históricos como la tierra, los bosques, el agua, las semillas, los conocimientos, el espacio público y colectivo... y destruye la autonomía comunitaria del sustento, lo que obliga al trabajo asalariado individualizado y a depender de los mercados. En la medida en que los recursos están privatizados, existe una dependencia de los mercados, ya que lo necesario para la vida se obtiene con dinero. Sin embargo, las posibilidades de participar en los mercados y obtener lo necesario no son iguales para todas, sino que están a favor del sujeto privilegiado del capitalismo patriarcal, que es el varón blanco burgués adulto, heterosexual y urbano.

El fin último de la renta básica es el derecho al sustento, entendido como lo necesario para la vida, la buena vida, de la que la soberanía alimentaria constituye una parte fundamental. No aspiramos a sobrevivir o malvivir, reivindicamos el derecho al disfrute de la vida. Merece la pena preguntarnos si podríamos garantizar el derecho

El dinero de la PAC
está poco tiempo
en manos de quien
trabaja la tierra y
pasa con rapidez a
las empresas que les
venden insumos.

al sustento ganando autonomía del mercado, desmercantilizando nuestras vidas y avanzando hacia un cambio en las formas de organizar el aprovisionamiento de lo necesario.

En el actual contexto, nos cuesta trabajo imaginar el derecho al sustento al margen de los mercados capitalistas. Sin embargo, estos mercados no son universales ni en el tiempo ni en el espacio y no solo han existido y existen otros tipos de mercados sociales y solidarios, sino también otras formas de organización social colectiva para proveernos de lo necesario al margen de los mercados capitalistas. Históricamente y aún en la actualidad, en algunos territorios donde perviven, la economía de las comunidades campesinas garantiza el derecho al sustento de manera más eficaz que la economía capitalista de mercado sustentándose en los comunales. La economía campesina se basa en el hacer artesanal y los conocimientos para manejar la biodiversidad, en el derecho a apropiarse solo de los frutos del trabajo propio en la tierra y en la garantía del derecho al sustento a través de los comunales. Estas prácticas generan mucha menos desigualdad que las sociedades capitalistas actuales. En las economías campesinas, históricamente, no ha habido igualdad de ingresos. Esta desigualdad es el resultado de diferencias materiales, como el acceso a la tierra, o sociales, como las habilidades o el tiempo dedicado al trabajo. Sin embargo, sí ha habido garantía del derecho al sustento como fin social colectivamente asumido.

El subsidio agrario

En Andalucía y Extremadura, donde se concentran los principales latifundios del Estado, el subsidio agrario aporta unos ingresos mínimos a quienes desempeñan trabajos asalariados eventuales que exigen un mínimo de peonadas anuales. Las fincas campesinas están basadas en el autoempleo y la diversidad productiva está unida a una organización del trabajo continuo a lo largo del año. Por el contrario, la organización empresarial agraria, basada en el monocultivo, implica la temporalidad del trabajo asalariado, que además se ha ido reduciendo a medida que avanzaba la mecanización. Las empresas agrarias necesitan abundante mano de obra disponible para trabajar intensivamente pocos días al año a bajos salarios, disponibilidad a la que contribuye el subsidio agrario. Este subsidio está lejos de ser una renta básica, porque responde más a las necesidades empresariales que a los derechos de la gente trabajadora. Quienes lo cobran, además, tienen que sufrir una constante violencia cultural mediática. Este tipo de ayudas se diseñó en la década de 1980 en el contexto de las luchas por la reforma agraria que reclamaban el derecho al sustento al grito de «la tierra pa' quien la trabaja». El pago del subsidio agrario contribuyó activamente a la desactivación de estas luchas.

Avanzar hacia la soberanía alimentaria más allá de la renta básica

Por tanto, una política agroalimentaria pública de renta básica aportaría dinero para producir alimentos, aunque sin modificar el modelo agro-ganadero, y para comprar alimentos en supermercados sin modificar las dietas. Sin embargo, si el objetivo es difundir, ampliar y popularizar las producciones y el consumo agroecológico, tenemos que preguntarnos cómo definir y articular esta renta básica para la soberanía alimentaria. Una de las principales contradicciones de la renta básica es que propone una herramienta del mercado para salirse del mercado. ¿Podríamos imaginar la renta básica en términos de comunales y no de dinero? ¿Podríamos pensar en estrategias desmercantilizadoras para conseguir el derecho a la soberanía alimentaria?

Estas preguntas nos invitan a pensar en otras políticas públicas para garantizar el acceso a la tierra a quienes produzcan de forma agroecológica con criterios de equidad de género y etnicidad a través de bancos de tierra y acuerdos de cesión de uso de tierras, sobre todo comunales y colectivas; construir infraestructuras agroalimentarias locales, como centros de acopio colectivos, obradores y cocinas comunitarias o mataderos municipales y locales para el reparto o venta de alimentos con infraestructuras adecuadas de conservación y almacenamiento; crear redes de servicios de asesoramiento agroecológico público, gratuito y feminista, que dieran protagonismo a la gente del campo que tiene los conocimientos agroecológicos prácticos para formar al personal técnico de las administraciones de modo que estas contribuyan a mantener vivos, difundir y

actualizar los saberes tradicionales ecológicos campesinos; contribuir activamente al respeto, reconocimiento y autonomía socioeconómica de mujeres y personas LGTBIQ+ en el campo y las ciudades; proporcionar viviendas cooperativas de cesión de uso en los pueblos, además de escuelas, centros de salud y espacios rurales colectivos de ocio; activar la compra pública comunitaria para proveer de alimentos agroecológicos y locales a los centros educativos, hospitales, centros de mayores y comedores comunitarios; generar espacios colectivos de reflexión y aprendizaje que promuevan la transición hacia dietas agroecológicas y consigan que nos reapropriemos de las cocinas como espacios de cuidado compartidos y con equidad de género; e implementar medidas para fomentar el conocimiento respetuoso de los trabajos y las vidas en el campo por parte de las gentes de las ciudades.

Porque para lograr la soberanía alimentaria necesitamos democratizar el acceso a los recursos materiales básicos ampliando los comunales, generalizar los saberes artesanales campesinos de manejo de la biodiversidad y culinarios que nos dan autonomía de los mercados y articular redes arraigadas en nuevas formas de convivencia cooperativas colectivas. Porque para lograr la soberanía alimentaria necesitamos formas otras de ser y estar en el mundo y eso no se compra con dinero.

Marta Soler Montiel

Dpto. Economía Aplicada II,
Universidad de Sevilla

La comida es un asunto del pueblo

REFLEXIONES DEL CICLO DE DEBATES «LOS DERECHOS BÁSICOS FUERA DEL CAPITALISMO»

Mercantilización es una palabra que usamos y practicamos habitualmente. Pero ¿tenemos claro su significado? Si buscamos en los diccionarios, la cuestión es diáfana: «proceso de transformación de bienes en mercancías con fines de lucro». Entonces, si los alimentos son un producto mercantilizado e incluso especulativo, en tanto que están presentes en las principales bolsas de valores, ¿estamos asumiendo que sí, que a los alimentos se les puede poner precio y comercializarlos con fines de lucro?

Derechos discriminados

Quien ya hace décadas respondió a esta pregunta fue La Vía Campesina con su primer lema: «los alimentos no son una mercancía». Consideraban que darles este tratamiento, es decir, asumir que la alimentación puede funcionar en el marco capitalista, constituye la base de las injusticias y problemáticas sufridas por el campesinado. Para quienes no tienen opciones de producir su comida, acceder a ella solo por la vía de su mercantilización conlleva que una parte de nuestro tiempo, con total seguridad, debe estar dedicada a un trabajo remunerado, tanto si este enriquece la trama de la vida como si no, tanto si supone explotación como si no. Y para quienes producen los alimentos, recíprocamente, su meta poco a poco deja de reconocerse en alimentar a la población para centrarse exclusivamente en que salgan las cuentas, en la búsqueda de los máximos rendimientos y en la competencia, lo que supone intensificar la producción con más insumos químicos, más monocultivos, salarios más bajos para quienes trabajan la tierra, etc.

Como pudimos escuchar en el ciclo de webinars «Los derechos básicos fuera del capitalismo», lo que sucede con la alimentación cuando queda supeditada a esta idea de lucro sin más es idéntico a lo que ocurre con otras necesidades básicas también sepultadas bajo el mismo patrón. Sectores como el energético o el de la vivienda han acabado controlados por oligopolios y fondos de inversión, del mismo modo que lo está el sector alimentario. El salario que muchas personas perciben es del todo insuficiente para encontrar una morada digna donde habitar o sufragar los costes energéticos para calentar la casa, igual que no permite adquirir una cesta básica y suficiente de alimentos de buena calidad y culturalmente apropiada. Es una espiral de explotación y precariedad. Y, para romperla, las iniciativas que surgen en cualquiera de estos sectores —como las comunidades energéticas, las viviendas cooperativas o las cooperativas de consumo— son importantes para demostrar otras formas de hacer, pero no consiguen ni incomodar a la médula central del sistema capitalista.

Profanar la alimentación

El investigador Horacio Machado afirma que la raíz de la crisis civilizatoria que atravesamos es el «régimen de plantación». En esa ruptura, donde se pasa del policultivo al monocultivo, de la agricultura (cultura que nace de la tierra) a la minería agraria, es donde se genera verdaderamente la civilización colonial y el capitalismo.

Tomando como referencia a la bióloga Lynn Margulis, explica que no somos seres vivos, sino seres convivientes: necesitamos a otros seres para convivir. «Somos una comunidad que confluye para producir su propia energía, su propio alimento, en una relación de simbiosis con la tierra». Y, como parte de esa relación simbiótica, estamos conectadas al tejido de la vida en circuitos materiales y espirituales por los que fluye la energía vital que sustenta la materia orgánica.

«La transformación fundamental ocurre con la profanación de la comida: convertir el alimento en una mercancía es una profanación del sistema de vida Tierra del que formamos parte», sostuvo en su intervención en la tercera sesión del ciclo.

En cambio, llama la atención que, en las llamadas sociedades del bienestar, esta lógica no se aplica a otras necesidades —la educación o la salud—. Una larga historia de iniciativas populares de apoyo mutuo y de mirada comunitaria (las mutuas, las casas de socorro, las escuelas de libre enseñanza...) y la reivindicación de estas fueron esenciales para que hoy se consideren «derechos básicos» y su satisfacción esté garantizada desde «lo público».

Lo público

De hecho, en nuestros territorios, la alimentación en diferentes momentos históricos también tuvo un tratamiento público regulado por las administraciones. Quizás el ejemplo más paradigmático fueron los quinientos años —entre el siglo XIII y el siglo XVIII— en los que, en la mayoría de las ciudades de Europa, «gestionar la alimentación de la población fue un deber asumido por los municipios», como explicó Mercè Renom a

partir de sus estudios centrados en la ciudad de Barcelona. Y es que, tanto en pueblos como en ciudades, aún detectamos algunos elementos y figuras que han llegado hasta nuestro tiempo: edificios reconvertidos a otros usos de antiguos pósitos para almacenar granos, mataderos, pescaderías o carnicerías municipales, o los propios mercados municipales, aún en funcionamiento. Con estas infraestructuras y con capacidad de legislar en temas alimentarios, los municipios regulaban cuestiones críticas como los precios y controlaban el comercio de cereales o, incluso, podían retener barcos de grano que pasaban por su costa si la ciudad los necesitaba.

Desde luego, las decisiones tomadas no eran ni democráticas ni siempre justas, pero el control más cercano que el pueblo ejercía en estas gestiones se acerca más al verdadero significado de lo público, cuya raíz etimológica nos recuerda que hablamos de «asuntos del pueblo».



Primer encuentro de cajas alimentarias comunitarias (Arcachon, noviembre 2024)
Foto: Collectif Acclimat'action



Primer encuentro de cajas alimentarias comunitarias (Arcachon, noviembre 2024)
Foto: Collectif Acclimat'action

Intervenciones parciales en el sistema

Pero aún deberíamos retroceder más en el tiempo o movernos de lugar para detectar otros modelos económicos completamente diferentes al hoy impuesto. Las llamadas economías campesinas y comunales, aunque no igualitarias, se sustentaban en una suerte de valores que hoy reconocemos cuando hablamos de proyectos comunitarios y expresaban un pensar en colectivo frente al individualismo y la competitividad a los que nos conduce inexorablemente cualquier propuesta mercantilizada.

Inspiradas en estos cánones, encontramos muchas de las alternativas a la mercantilización capitalista de derechos básicos, como las cooperativas de consumo en todas sus variantes, pero que se ven obligadas a convivir en los mercados convencionales junto a grandes imperios de la distribución, con los que es muy complicado competir. El objetivo de garantizar precios justos a las productoras, además, conlleva que algunas de estas propuestas no puedan llegar a segmentos populares de la población. Todas estas iniciativas tan valiosas e inspiradoras acaban teniendo un impacto muy limitado.

La compra que las administraciones llevan a cabo para el suministro de alimentos a comedores escolares, hospitales o centros de día (compra pública), demuestra que, si existe voluntad política, se pueden articular sistemas alimentarios al margen de los mercados, aunque afecten solo a una

pequeña parte de la población. En la gran mayoría de los casos, estos sistemas públicos tienen mucho que mejorar, ya que, por ejemplo, suelen priorizar la mejor oferta económica, lo que supone que se apoyen en producciones alimentarias industriales de calidad cuestionable que, por sus precios reducidos y su capacidad administrativa, son elegidas frente a las producciones campesinas.

De la misma manera, también podríamos decir que, a través de subvenciones como los fondos de la PAC, los gobiernos europeos disponen de instrumentos políticos para intervenir en el sistema alimentario. Sin embargo, en estas décadas hemos visto cómo esta intervención se ha centrado precisamente en consolidar la agricultura de los grandes terratenientes, controlada por y para el rendimiento del capital.

Cajas alimentarias comunitarias

¿Podemos aspirar a sistemas alimentarios desmercantilizados que devuelvan a la comida el valor sagrado que nunca debió perder? Hoy en día, ¿existen mecanismos democráticos y populares que permitan levantar de abajo a arriba un sistema alimentario para toda la población basado en las producciones campesinas? Reaprehendiendo el lenguaje, ¿podemos conjugar juntas las palabras *común*, *público* y *cooperativo*?

Este es el espíritu que se detecta al acercarse a la propuesta francesa de la Seguridad Social de la Alimentación (SSA). David Fimat, que

participa en la experiencia piloto de la Caisse commune de l'alimentation, en Gironde, explica que la cuestión central pasa por la creación de las cajas comunitarias.

Según esta idea, las experiencias piloto de SSA se conforman alrededor de un grupo de personas —que podrían ser el reflejo a pequeña escala de una sociedad— que deciden socializar su alimentación para que nadie se quede sin alimentos y para garantizar la vida del campesinado. Y, para ello, tomando como ejemplo el funcionamiento de los sistemas públicos sanitarios o educativos, llenan una caja común a partir de las contribuciones monetarias de cada persona en función de su realidad económica (unas más, otras menos, como las cotizaciones por empleo). A esta caja se suma también la aportación de alguna administración comprometida con el proyecto y las cotizaciones de alguna empresa local, no solo para aumentar los recursos de la caja, sino sobre todo para demostrar la importancia de recuperar desde el pueblo la decisión sobre qué y cómo gestionar los recursos públicos fruto de otros tributos, como los impuestos a las empresas, el IVA, etc.

Una vez alcanzado este primer objetivo de una caja comunitaria —no exento de un cambio de mentalidad—, el siguiente paso es *codecidir* su gestión. En asamblea, esta pequeña comunidad debe tomar varias decisiones. En primer lugar, el monto económico e igualitario que cada persona recibirá del total recaudado, en un ejercicio de *redistribución* de la riqueza. En los modelos teóricos diseñados por los colectivos de apoyo a la SSA, la cifra orientativa es de 150 € al mes por persona adulta, incorporados a una tarjeta que llaman Vitale.

Además, las propias personas que son parte de la caja tienen el derecho de acordar democráticamente dónde adquirir los alimentos canjeándolos con el monto de la tarjeta. Según David, «vendría a ser, como ocurre con los médicos de la Seguridad Social, establecer un acuerdo con los profesionales, agricultores y agricultoras, que nos proveen de

los alimentos». Es decir, se construye un pequeño sistema social que apoya un modelo de producción y comercialización y consensúa qué precios pagar para *valorizar* su dedicación como corresponde. Y no es difícil escoger, puesto que en la mayoría de las ciudades se cuenta con experiencias de la economía social y solidaria que, al integrarse en este esquema, cobran una importancia fundamental: los proyectos de «agricultura sostenida por la comunidad», los mercados campesinos, las cooperativas de consumo, los supermercados de base cooperativista y sin ánimo de lucro, etc.

Mientras se llevan a cabo las primeras experiencias —contaba David—, se detectan las barreras que permiten pensar mejor todo el planteamiento de la propuesta, especialmente cómo incorporar variaciones en función de cuestiones coyunturales, sociales o de territorio.

En este punto, podría visualizarse una ruta de doble vía. Por un lado, en la medida en que las experiencias locales funcionan, se debería buscar el apoyo de las administraciones locales para activar este sistema. No para intervenirlo, sino para legitimarlo y apoyar su multiplicación. Como dirían los zapatistas: el pueblo manda y el gobierno obedece. ¿Podemos imaginar, a medio plazo, una red de municipios que facilite el espacio y los instrumentos para que la población organizada desarrolle políticas públicas alimentarias y agroecológicas basadas en los principios de la solidaridad y la soberanía alimentaria?

Por otro lado, la idea de un sistema alimentario público, comunitario y cooperativo, desprovisto del ánimo de lucro, parece el relato completo para impugnar el modelo mercantilista y capitalista respecto a la alimentación. En la medida en que la sociedad organizada lo amplíe y lo difunda —de la mano de quienes defienden la vivienda, los cuidados o la energía pública—, podrá hacer que este se tambalee. ●

Revista SABC



Las grabaciones de las cuatro sesiones de debate están disponibles en abierto en nuestro canal de Vimeo:

1. La memoria. No todo fue neoliberalismo.
2. La actualidad. Las demandas de los movimientos por la vivienda, los cuidados y la energía.
3. El alimento como vínculo con la tierra.
4. Propuestas para desmercantilizar la alimentación.



Jerónimo Aguado Martínez

Tratado con la tierra

«A partir de ahora, la mayor hazaña, la más bella, que tendrá que llevar a cabo la humanidad será la de responder a sus necesidades vitales con los medios más simples y sanos. Cultivar un huerto o entregarse a cualquier actividad creadora de autonomía será considerado un acto político, un acto de legítima resistencia a la dependencia y la esclavitud del ser humano».

Hacia la sobriedad feliz, Pierre Rabhi

En el extrarradio de la ciudad de Valladolid se ubica el INEA, una escuela de formación agrícola y agroambiental para futuros jóvenes agrónomos. Entre los recursos disponibles para el buen desarrollo de su actividad docente, se encuentra una de sus fincas, subdividida en más de cuatrocientas parcelas gestionadas por personas mayores de la ciudad que no forman parte del alumnado, pero sí de un cometido que enriquece la razón de ser de esta escuela: la creación de pequeños huertos para el autoconsumo familiar de hortalizas.

Conocer esta experiencia me resultó muy enriquecedor, al contemplar como decenas de personas interactuaban en un diminuto trozo de tierra —150 m² por parcela— para hacerla fructificar, aplicando tantos métodos agronómicos para su desenvolvimiento como personas cuidadoras había: ecológicos, biodinámicos, permacultura, bancales; pero la mayoría, seguidores y seguidoras de las prácticas agrícolas que hacían sus abuelas y abuelos.

El nexo común de todas ellas era conseguir un alimento sano, nutritivo y ecológico; al no poder utilizar, según sus normas de organización interna, sustancias que contaminen el agua, la tierra o los alimentos. En este enjambre de microparcels pude corroborar como el hecho de producir la propia comida era un acto inmensamente creativo, cargado de libertad y de autonomía personal. Eso sí, para el uso común, disponían del sistema de riego, la maquinaria que facilitaba las actividades agroecológicas más duras y una tienda que les proveía de algunos inputs necesarios para una buena gestión del huerto: pequeñas herramientas, semillas, semilleros, compost, etc.

Los micromodelos de gestión que pudimos observar en esta iniciativa no eran perfectos, pero el desarrollo de este proyecto se asemejaba a los que no hace tantos años permitieron vivir al campesinado de nuestros pueblos, centrados en hacer operativo el equilibrio del acto de producir de manera autónoma, unido al necesario comunismo para abordar los problemas que son difíciles de resolver de manera individual: la gestión del agua, la construcción y el mantenimiento de caminos, almacenes comunitarios, hornos para hacer el pan, etc. Es más, sin preguntar a cada una de las personas que gestionaban estos huertos urbanos, intuía que las allí congregadas tenían raíces y artes campesinas, y que eran hijos e hijas de la emigración que vació nuestros campos y pueblos para impulsar el industrialismo concentrado en las grandes urbes.

Falsos mitos

Los huertos urbanos de INEA me han servido para poder complementar de manera más objetiva mi percepción de las formas de organización social del campesinado en sociedades no muy lejanas a las nuestras, una visión personal muy diferente a los postulados defendidos durante décadas por algunos segmentos de la sociología rural, cargados de pronunciados ideológicos para referirse al campesinado como un sector de población desclasado e individualista y un lastre para la sociedad.

Desde mi percepción como campesino, el debate ideológico sobre la figura del campesinado ha estado repleto de muchos análisis incorrectos. De entre ellos, quisiera reflexionar sobre dos aspectos históricamente malinterpretados y que

han ayudado a tergiversar la razón de ser de las sociedades campesinas: el latente espíritu conservacionista campesino asimilado con el conservadurismo y la autonomía personal confundida como el individualismo.

La vocación profunda del campesinado de conservar sus ecosistemas como base fundamental de su subsistencia fue traducida e instrumentalizada por la derecha política para poner de su lado a un segmento importante de la población, que por el hecho de ser pequeños propietarios o arrendatarios de la de tierra que les permitía vivir, debían identificarse con el conservadurismo rancio, o la derecha política, como así sucedió. Pero también hay que decir que crear y recrear sistemas de manejo agroecológico requiere de una libertad profunda por parte del labrador y labradora de la tierra, cuestión que malinterpretó cierta izquierda, al confundir la autonomía como un acto campesino puramente individualista.

Tratar al campesinado de individualista por el hecho de anhelar su autonomía como personas y comunidad está muy lejos de lo que acontecía en la vida y esencia de sus pueblos. Es más, podría decirse que el proceso de expulsión del campesinado —etnocidio rural— de sus territorios para conducirlo hacia el camino de la proletarianización llenó las ciudades fabriles de muchas trazas de comunitarismo, las que sirvieron de base para organizarse en los extrarradios marginales de las ciudades y defenderse de las condiciones de vida indignas a las que fueron sometidas nuestras gentes.

El campesinado y la desmercantilización

Claro está que las formas de vida y de relacionarse con la tierra de nuestros antepasados no muy lejanos no eran aptas para el desarrollo del capitalismo, que solo contempla al sector primario como un potencial recurso especulativo para grandes negocios bajo las dinámicas de un mercado desregulado, fuera de control de las políticas públicas, y que abre el camino al fenómeno de privatización y al acaparamiento de los recursos naturales en manos del agronegocio y grandes fondos de inversión; no sin antes haber declarado la guerra al cuidado de la tierra y su rica diversidad de paisajes, territorios y ecosistemas.

Campesina cuidando su parcela. Foto: INEA



El Estado no estuvo lejos de estos propósitos de aniquilación de la vida rural y campesina, de modo que intervino las producciones durante la dictadura para disponer de un mínimo de seguridad alimentaria, pero matando de hambre a quienes producían los alimentos. Más tarde, con democracia parlamentaria y apuntados al proyecto de la UE, sus políticas —la PAC— fueron la clave para la modernización de la agricultura y su introducción en las dinámicas del libre mercado, lo que redujo la población activa del sector primario a la mínima expresión.

A día de hoy, a pesar de tanta carga negativa que se puso sobre el campesinado, sigo creyendo que el futuro del derecho a una alimentación pasa por el mantenimiento de diversidad de modelos de manejo agroecológicos, gestionados en pequeñas unidades productivas, con la audacia y la conciencia de manos campesinas y el apoyo de tecnologías no dependientes del lucro y con bajo impacto energético. En estos modelos se cuida la tierra para producir alimentos sanos y nutritivos, generando vida, trabajo —que no empleo—, el ser humano vive más cerca de donde se produce la comida y se crea una comunidad implicada en la propuesta política de la soberanía alimentaria, pues sin el apoyo de las personas cercanas se hace inviable la propuesta.

Recampesinizar la sociedad no es una quimera, es una utopía necesaria como el pan nuestro de cada día.

¡Tierra y libertad! Este es el sueño de quienes creemos que ser campesino y campesina es hermoso.

Jerónimo Aguado Martínez

Campesino

LAS REDES DEL ALIMENTO, LAS MUERTES Y LOS RENACIMIENTOS

Soy un compuesto de múltiples cuerpos muertos que me han donado sus vidas; ellos conforman mis tejidos, mi sangre, mi aliento.

Soy el conjunto de las relaciones de lo que comí; el resultado de las múltiples muertes que, reconvertidas en alimento, me encarnan y me ofrecen su ánima.

Las plantas y los restos animales que consumo se disuelven en mi corporeidad. Acá habitan sus historias, sus geografías, sus paisajes; también sus alegrías, también sus dolores. Al alimentarme de su carne, ingiero sus mundos; consumo sus vínculos.

Alimentarme es un acto divino, porque me nutro de los filamentos vitales de todos esos seres que con sus muertes me donan vida y me insuflan espíritu. Soy la casa de la comida sagrada donde vegetales, hongos o animales, se funden en carne humana.

Esas muertes sagradas que ingiero, que saborea mi paladar, que transitan por mi esófago, que se disuelven en nutrientes y que en fluidos recorren mi cuerpo, cobran nueva vida y renacen en mí.

La verdura, el maíz o el pez, que hasta hace muy poco me eran expresiones ajenas de vida, mueren para revivir en este animal interdependiente que soy.

Al comer, recibo donaciones de vidas que me habitan y me permiten moverme, sentir y pensar. Mis afectos, pensamientos y percepciones no brotan en soledad. Estoy acompañado por todos los murientes que adquieren una vida renovada en mi animalidad.

Intersoy con lo que como; lo mismo con lo que bebo. Esa agua que hace poco fue nube, océano o manantial, hoy es mi sangre, mi respiración, mi sudor. En su fluir ha tejido incontables vidas

terrestres y marinas: fue tortuga, araña, dinosaurio; fue río, ballena, paramecio; fue ceiba, secuoya, mariposa.

El agua que acabo de beber recorrió sus tejidos, fluyó por sus torrentes, pero solo por un instante, antes de seguir su curso de movimiento y reconvertirse en nieve, glaciár, río, océano, nube o huracán.

Hoy irriga mis órganos y da forma a mi estructura. Pero no por mucho tiempo. Esa agua será exhalada, exudada, orinada y seguirá dando vida a una multitud de expresiones vitales en la misteriosa trama de vida y de muerte en la que todos estamos inmersos.

La comida y el agua son el hilo que me conecta con la majestuosidad de esta Tierra viva. Son la hebra que me permite ser cuerpo en relación con los lugares donde la vida fluye y se transforma en múltiples expresiones.

No es solo una mandarina lo que como; no es solo un jugo de naranja lo que bebo. En mí habita la concatenación de acontecimientos previos que esas frutas encarnan. Al alimentarme de sus jugos, me vinculan a los territorios donde germinaron y crecieron, así como a la densa urdimbre de relaciones que les permitieron ser mandarina y naranja tejidas en otros tiempos y geografías.

Pero no solo me alimento de otras muertes como insumo para mi vida. Mis propias pequeñas muertes son también comida para otros vivientes. Soy predado por mosquitos que beben mi sangre y mis células muertas nutren a diminutos organismos. Convivo con millones de microbios que habitan en este cuerpo plural, compuesto de múltiples especies que se alimentan lo mismo de la comida que ingiero que de mi encarnadura.

Ilustración de Ione Larrañaga @ione_larrago



¡Soy un gran festín! Un banquete delicioso para los múltiples cuerpos que me habitan o para aquellos que se nutren de mis desprendimientos. Mi cuerpo es un alimento también sagrado que nutrirá la tierra en la disolución de la muerte y que permitirá donar mi carne a múltiples otros seres.

Todas estas redes de interconexiones se tejen y retejen a través del alimento. Soy un animal, una criatura como las demás, entrelazada en los procesos cíclicos de la vida-muerte, donde el alimento me permite, además de continuar vivo, saberme enmarañado con la totalidad de lo que vive y lo que muere.

Cada bocado, cada sorbo, es una donación de vidas que se trenzaron en una historia de encuentros enigmáticos, que me proporcionan, por un brevísimo instante, la facultad de conformar este envoltorio de materia mamífera.

Nada como el alimento me hace tan consciente de lo profundamente zurcido que estoy en la red de la vida-muerte y de cómo soy reciclado, una y otra vez, para engendrar nuevos rejuvenecimientos.

La zanahoria, el arroz o la papa, cocidos en el fogón, se deslizan por mis arterias no solo como nutrientes; también como las fuerzas y afectos de todos los enredos previos que hoy se enredan con los propios.

La conjunción de elementos que se manifiestan en mi carne animada encierra las historias de amores y desamores de los lugares con los que me entretejo mediante el alimento. Comer es acoger ciertos afectos y entramados de mundos que se inscriben en mi cuerpo.

En todo caso, soy siempre carne de la tierra, pero no es igual ser corporizado por un entramado de historias marcadas por la consideración, el aprecio y la ternura, que por relaciones de violencia, maltrato y desprecio.

Hoy la mayoría de nosotros estamos encarnados por la tragedia. En nuestra sangre habitan los bulevares de la tristeza de animales confinados y torturados; en los tejidos de nuestros músculos serpentean los genes de plantas abusadas en los laboratorios y los venenos absorbidos por sus raíces y sus estomas. Las muertes que hoy nos malalimentan están manchadas de crimen, crueldad y barbarie.

Las masas empobrecidas por este sistema industrial y capitalista son obligadas a corporizarse con las muertes violentas y la desdicha de seres profanados y convertidos en mercancía.

Al comer, recibo donaciones de vidas que me habitan y me permiten moverme, sentir y pensar.

Sin embargo, para algunos aún es posible nutrirse de muertes energizadas por afectos alegres. Quienes pueden hacerlo habitan cuerpos compuestos de paisajes diversos, cantos sublimes y plumajes fosfóricos. En sus corporeidades se funden espacios festivos donde pueblos sabios han establecido diálogos fecundos con la tierra y han logrado que las relaciones de vida florezcan.

Los cuerpos dichosos que se nutren de esos amores se enlazan hacia atrás con la abundancia de la vida que ha sido acariciada con dulzura y hacia delante con los ritmos de una tierra que recibirá como don el alimento que también somos.

Omar Felipe Giraldo

Profesor de la Escuela Nacional de Estudios Superiores, Unidad Mérida, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)

Último libro: Retorno al humus. Una interpretación ambiental sobre la muerte. Editorial Heredad (México, 2024)



Este artículo cuenta con el apoyo de la Fundación Rosa Luxemburgo

Alba Cebrián Jiménez

Motosierras, feminismo y cuidados

Quien no se presenta no es nadie

Escribo desde las entrañas. Hablar de motosieras, feminismo y cuidados no solo es poco habitual, sino que constituye en sí mismo una provocación.

Intentaré presentarme y sentarme a tu lado, mientras nos miramos. Trato de hacerte llegar este pedacito del mundo. A veces, saber quién nos escribe y desde dónde lo hace ayuda a encuadrar una visión general y, probablemente, a captar más detalles. Conectar con la parte emocional de cada una, que al fin y al cabo es la más interesante y la que, definitivamente, transforma.

Soy enfermera desde 2011. También especialista en docencia e investigación en el mismo ámbito; pero, sobre todo, soy una persona que habita en el territorio de secano de las comarcas del norte de la provincia de Castellón, en el País Valencià. En este territorio, al que llegué por convicción, atraída por la piedra seca, los olivos milenarios y una historia de amor, coordino un proyecto de agricultura regenerativa en el que la vida de la tierra es el principal objetivo y donde no entendemos la agricultura sin la ganadería extensiva.

El proyecto lleva cuatro años en funcionamiento, más uno previo de preparación de tierras, propias y cedidas. Cuidamos 30 hectáreas de tierra. Y digo cuidamos porque entendemos nuestro trabajo en el campo con la responsabilidad de quien tiene en sus manos el manejo de una porción minúscula del planeta donde confluyen todas las demás estructuras que conforman y envuelven el ecosistema que habitamos. Acuíferos, fauna autóctona, plantas adventicias, variedades tradicionales, arquitectura patrimonial, olivos milenarios, algarrobos centenarios y almendros, de no tan antigua trayectoria y resistencia, pero que también forman parte de la identidad del territorio. Algún nogal, higueras en los márgenes, espárragos si llueve, zarzas en agosto. Polvo. Contraste, grietas y lindes.

En los últimos años hemos incorporado un pequeño rebaño de ovejas guirras. Escribo mientras esperamos el que será nuestra primera paridera en casa, con la humildad de quien sabe que el número de ovejas que cuidamos es ínfimo. Lo hacemos por convicción y porque nos ayuda a arraigar la sabiduría de la pastora del pueblo, que en algún momento querrá jubilarse, y a comprender la continuidad de los 365 días del año de cuidados y atención a la vida, más allá de la humana.

Nos permitimos hacerlo a una velocidad de crecimiento que no suponga una carga de trabajo inasumible o que nos agote los nervios. Porque cuidamos la tierra, cuidamos la vida en el secano, reconstruimos muros y refugios de pastores de piedra seca, cuidamos ovejas, gallinas, patos,

¿Qué pasa cuando queremos usar una motosierra? ¿O un tractor? ¿Has preguntado a las personas que conoces cómo aprendieron a usarlos? ¿Conoces a personas disidentes que utilicen estas herramientas?

Segunda edición del curso de iniciación a la motosierra. Benlloc (Castelló), marzo de 2025.
Foto: Lau González



y las sierras más altas. En el País Valencià, si hablamos de tierras de secano, también hablamos de minifundio y de tierras cada vez más yermas. Y, para sorpresa de casi nadie, un hermano, un tío, un marido o un abuelo es quien gestiona el patrimonio familiar de olivos, algarrobos y almendros. «Y, si no, lo lleva un chaval (extranjero) que está contratado». Y lo digo como lo dicen aquí, porque a veces la neoruralidad que llevo encima me da pie a hablar como una extraterrestre del lugar donde vivo y me aleja de comprender la idiosincrasia de lo que realmente pasa aquí donde estoy ahora, donde la vida existía mucho antes de que yo llegara, evidentemente. Y si las lleva una mujer —que suele ser en el 50 % de los casos, porque una tierra no solo se trabaja en el bancal, sino en todas las demás dimensiones de la economía de cuidados que hay alrededor—, no se menciona o no se quiere mencionar.

En Benlloc tenemos pastora. Y la madre de Isabel era quien tenía las cabras en Vilafamés. Y la madre de Vicentico compró una granja de gorrinas. Y Humilde crio 145 cabras cuando era joven y las ordeñaba sola. Y todas las mujeres iban a recoger aceitunas, algarobas, almendras y lo que tocara. Y como la abuela de

compañeras felinas y perros. También cuidamos nuestra salud. La pequeña vida doméstica. Eso es lo que hacemos muchas humanas: cuidarnos unas a otras, cuidar el entorno, querer ser soberanas. ¿No era eso poner la vida en el centro?

Cuestión de género

Bien, el secano presenta unas características de rusticidad y ruralidad que, en muchos casos, son extremas. Secano significa que no hay abundancia de agua. Que no regamos los cultivos. Que resistimos con la que fue la histórica templanza del clima mediterráneo y que hoy contrasta con la fragilidad, en sí misma, de la situación climática actual. Secano también significa inicio del despoilamiento. Y, en nuestro caso, también significa llano. Tierras llanas. A medio camino entre el mar

Alba contaba, en los bancales transcurría la vida. Era donde, literalmente, se cagaba, se follaba y se comía. Pero, lectoras, muy a mi pesar, hoy todavía los trabajos del campo son cosa de hombres. La atribución de género a los objetos inmateriales la han descrito, a lo largo de la historia contemporánea, teóricas del feminismo: desde Simone de Beauvoir hasta Judith Butler. Es en el imaginario colectivo donde reside esta idea.

Hagamos un ejercicio: ¿qué palabras te vienen a la cabeza cuando piensas en una motosierra? En los últimos meses, nos llegan imágenes estremecedoras de dos de los hombres con más influencia política y económica mundial empuñando motosierras en sus intervenciones mediáticas. Dos hombres blancos, heteronormativos, alzándolas en alto como una espada larga y reluciente. Se

apropian de la herramienta de campo como símbolo de recortes sociales y económicos. Es exactamente el tipo de imagen y palabra que, sin querer, tenemos en el ideario: poder masculino, blanco y adrenalínico.

Marina Sánchez Guidotti, experta en género, lidera las jornadas formativas de iniciación al uso de la motosierra que coordino desde finales del año pasado. Precisamente para contextualizar con rigor, y con su destreza analítica, este fenómeno. Cuando le propuse esta parte del curso, me decía que no hacía falta, que yo ya lo tenía claro y podía explicarlo. Pero, a veces —muchas veces—, ponerle un marco teórico, estricto e histórico nos ayuda a evaluar cómo hemos llegado hasta aquí.

Por cierto, si a la pregunta del ejercicio inicial no se ha respondido corte, motor, inyección, cadena, afilar, precaución, riesgo, complejidad... y otras palabras específicas de la acción de cortar madera, es muy probable que se esté asociando el objeto a una cuestión de género.

Motor de cambio

La motosierra es, *per se*, una herramienta para cortar madera provista de un motor o, en los últimos años, de baterías eléctricas. ¿Cogeríamos un coche sin carné de conducir? Probablemente no. Y, si lo hiciéramos, dejando de lado la legalidad, alguien nos habría enseñado antes a hacerlo funcionar, ¿verdad? De lo contrario, sería casi imposible. ¿Qué pasa cuando queremos usar una motosierra? ¿O un tractor? ¿Has preguntado a las personas que conoces cómo aprendieron a usarlos? ¿Conoces a personas disidentes que utilicen estas herramientas? Somos pocas. Y no es por falta de ganas, ni de necesidad, ni de aplicación al trabajo de todas. Las tareas de poda y gestión forestal, tanto en el ámbito particular como en el profesional, están vinculadas a las motosierras y todas participamos de ellas. Y somos válidas, capaces y aptas para usarlas, dentro de las posibilidades físicas y médicas de cada una, exactamente igual que conducir. La diferencia es que no se considera que queramos aprender a usarlas. Hay una infantilización ante el interés por utilizarlas y paternalismo ante el riesgo que suponen, en lugar de información y formación. Y cuando, por fin, te formas —y te formas bien—, tus conocimientos serán despreciados, porque nunca será suficiente. Hasta que llegues a ser jefa de brigada, y ni así.

Es un dolor visceral sentir cómo apelan a tu irresponsabilidad por trabajar con «máquinas de hombres».

Tendrás que ser más poderosa, más fuerte, hacerte la espalda más ancha para hacer el mismo trabajo que los hombres, de quienes —recordemos— es el trabajo del campo. Pero nosotras no tenemos ganas de un mundo en el que no haya espacio para la vulnerabilidad ni los cuidados. Ni de asumir que todos los hombres lo quieran de este modo.

Abolamos de una vez esta crudeza ante la vida y, en especial, ante la vida en el campo. Nos violenta, nos reduce, nos obliga a enfrentarnos a nosotras mismas. Nos obliga a reivindicar los cuidados como si fuéramos más débiles, y lo que realmente hacemos es conectar con las necesidades, con los riesgos y con la voluntad de evitarlos. Y eso debería ser propio de las personas, independientemente del género. Porque sabemos que el brazo, la espalda y todos los dedos de la mano deben fortalecerse para trabajar en el campo. Porque, las primeras veces, la fuerza está en la tensión de la propia actividad; las últimas, el cuerpo exige entrenamiento y fortaleza para evitar lesiones. Porque es evidente que son trabajos duros y físicamente exigentes. Y no se ha pensado en todos los cuerpos al diseñar la maquinaria. Ni los equipos de protección individual están pensados para todas las tallas. Y queremos llevarlos. A toda costa. Porque protegernos nos hace resilientes, resistentes y valientes, y, si algún día llega un accidente, entonces sí, queremos que nos traten con la dignidad de una persona trabajadora. Con la dignidad de una persona que está sufriendo.

Cuidados, cuidados y más cuidados

He empezado diciendo lo que soy, pero no lo que no soy. Y también que escribía desde las

Segunda edición del curso de iniciación a la motosierra. Benlloc (Castelló), marzo de 2025.
Foto: Lau González



entrañas. Sostengo que la transformación pasa por el corazón y las tripas, estoy convencida. No soy del pueblo donde cuido tierras y animales, y donde vivo. Ni soy una persona descuidada o temeraria. Y, desde hace un tiempo, tampoco soy una persona con todos los dedos de su mano dominante. Los accidentes ocurren. Y es un dolor visceral sentir cómo apelan a tu irresponsabilidad por trabajar con «máquinas de hombres». Por hacer lo que hacían los hombres. Por no saber como saben los hombres. Y, claro, es sorprendente coincidir en las salas de rehabilitación, cirugía y otros procesos médicos y llegar a conocer hasta cuatro personas más que, como tú, ese mismo mes, han perdido dedos. Y, claro, son hombres. Y estaban haciendo lo mismo que tú. Pero nadie les preguntará por qué lo hacían. Les acompañarán con dignidad. Hablarán de casualidad, de la naturaleza humana, del margen de error, incluso culparán a la máquina. Quizás alguien les dirá que quien no trabaja no puede equivocarse. Alabándolos. Pero tú, niña, ¿cómo se te ocurrió meter los dedos ahí?

Al final de mi proceso sentí qué, aunque el accidente no había sido con una motosierra sino con otro de los aperos, la motosierra es una de las máquinas de más riesgo con las que trabajo. No quiero silenciar ninguna parte de mi vivencia. Con alegría y poco resentimiento. Que sobrevivir siempre es felicidad. No querría que nadie pasara por lo que yo pasé. Que todas tuvieran oportunidades. Que la vida es nuestra. Que la soberanía es responsabilidad de todas y debemos poder ejercerla. Que romantizar el trabajo del sector primario sin entender su crudeza en clave de género puede llevarnos a un dolor de entrañas. Que si la red no está tejida en oro, la caída puede ser imparable. Y es que la vida en el margen, en el seco y desde la disidencia, será un lugar amable o no será. ●

Alba Cebrián Jiménez

Proyecto Malaerba



Tita Torres

Patricia Dopazo Gallego

Las mesoamericanas
no solo pensamos en
un «buen vivir», sino
en un «buen pensar»
y un «buen conocer»

ENTREVISTA A TITA TORRES,
EDUCADORA POPULAR FEMINISTA

Ana Felicia Torres, a quien siempre han llamado Tita, habla desde la experiencia de cuarenta años de militancia feminista. Impulsó en 2003 el movimiento Mesoamericanas en resistencia por una vida digna y actualmente coordina la Red de Educación Popular entre Mujeres de Latinoamérica y el Caribe (REPEM). Hablamos de lo que aportó el concepto de economía feminista al movimiento y de la importancia de la formación política en los procesos colectivos.

Tita es de Costa Rica, mestiza, «fruto de una violencia matricial». Estudió antropología social («antropología occidental», precisa) y, más tarde, teología, animada por su inquietud por temas sociales, lo que la llevó a participar, pese a considerarse laica, en movimientos juveniles católicos y en la Pastoral Social, donde ya se abría paso por entonces, en los años setenta, la teología de la liberación. Dice que llegó al feminismo desde la educación popular y la militancia social. Trabajó durante más de veinte años en la Red Alforja, entidad que articula organizaciones de educación popular de Centroamérica desde los años ochenta y que desarrolla una labor fundamental en los procesos organizativos y políticos, entre ellos los vinculados con los feminismos y las nuevas masculinidades. Tita ha sido dos veces candidata a diputada y ha realizado un trabajo muy importante a nivel cultural e ideológico de la mano de partidos explícitamente feministas y por las diversidades sexuales, un tema con el que está muy sensibilizada al ser madre de una mujer trans.

Estuvo recientemente en España para participar en la sesión final de las Escuelas de Economía Feminista Rural, coordinadas por la fundación Mundubat en el País Valencià. Estas escuelas se han inspirado en el trabajo histórico de su organización, Mesoamericanas en Resistencia, que ha dado una amplitud y profundidad muy particulares a la economía feminista.

Cuando llegué al encuentro, en un municipio del interior de Alicante, las participantes estaban desayunando y Tita compartía con el resto de la mesa la grave situación de su país, que nunca ha importado a la comunidad internacional. Costa Rica ha perdido hace tiempo su estado social, quizá el único que hubo en Centroamérica, y ahora está gobernada por Rodrigo Chaves, un perfil de extrema derecha muy similar al presidente de El Salvador, Nayib Bukele. En esa realidad vive Tita y desde ella reflexiona y actúa.

Háblanos de Mesoamericanas en Resistencia

Mesoamericanas en Resistencia es un movimiento que tiene una importancia muy grande, cada vez me doy más cuenta. Hablamos de alrededor de 100 organizaciones de mujeres en toda la región, con una diversidad enorme. Nacimos en 2003, en el contexto de una fuerte lucha social contra la aprobación del Tratado de Libre Comercio

Las mujeres no necesitamos que nos inserten en el mercado y que nos busquen más trabajo. Las mujeres necesitamos trabajar menos.

entre Centroamérica, México y Estados Unidos, en el que muchas mujeres tratábamos de colocar nuestras demandas y no ceder a eso de que «son transversales». Era muy difícil trabajar en el movimiento mixto y empezaron los conflictos. Parecía impensable que pudieran asumir las demandas más fronterizas de derechos sexuales y reproductivos, nunca las entendieron. Entonces, nos salimos de la articulación y comenzamos un proceso al que muy rápidamente logramos dar forma.

Para nosotras, «estar en resistencia» es una forma de estar, de vivir, y tiene que ver con reexistir, con refundarse, con crear nuevo poder, no con repartir el poder disponible.

Nacisteis en el seno de la lucha contra la globalización, pero habéis ido mucho más allá en planteamientos económicos, políticos e identitarios, trazando un camino nuevo y propio. ¿Puedes hablarnos de esto?

Nosotras siempre tuvimos una mirada puesta en los procesos de formación, porque consideramos que la educación política de las mujeres es muy importante, renecemos como sujetas políticas es clave. Lo económico es un campo que en los feminismos se ha trabajado mucho, pero lo que ha llegado a las mujeres son propuestas muy funcionales, digamos, de lo que se llama «proyectos productivos», «emprendedurismo» y «microempresas» en visiones neoliberales de la cuestión económica. Ese lenguaje fue desapareciendo para nosotras a medida que fuimos consolidando una propuesta política antineoliberal, anticapitalista y

antipatriarcal. Muchas de las compañeras, sobre todo las de Guatemala, El Salvador y Nicaragua, venían de situaciones políticas en las que la izquierda había sido fundamental. Al principio, tratamos de preservar como niñas buenas la visión política de la izquierda, pero nos dimos cuenta de que era una visión misógina y patriarcal.

Las mujeres no necesitamos que nos inserten en el mercado y que nos busquen más trabajo. Si somos «pobres» en algo, es en tiempo, o sea que no íbamos a ser las artífices de mecanismos de gestión de créditos, ni de microcréditos, ni a emerger en la economía solidaria, nada de eso. Enseguida empezamos a trabajar la formación con esa idea de que las mujeres necesitamos trabajar menos. Además, los procesos de formación finalmente se constituyen en espacios de autocuidado y de cuidado mutuo porque para acudir las mujeres tienen que quitar tiempo de trabajo y de cuidado de alguien, de la casa. Tienen que «aprender a descuidar», sobre todo a hombres adultos y a hijes que se pueden manejar. Por eso intentamos que no vengan con las criaturas a los encuentros, forzando así la corresponsabilidad y permitiendo que las compañeras puedan centrarse en la reflexión política.

Y, actualmente, ¿qué es para las mesoamericanas la economía feminista?

Para nosotras es como una manera de vivir, de mirar la vida, de vernos a nosotras mismas. Conocer el término fue todo un descubrimiento porque al principio hablábamos de «género y economía». Yo había empezado a trabajar en Alforja sobre el concepto de «ciudadanía económica de las mujeres» y había entrado en contacto con la Red de Mujeres Transformando la Economía, integrada sobre todo por mujeres feministas sudamericanas. Fui varias veces al Estado español y a Sudamérica y

sentí que yo todavía estaba, en algún sentido, en el paleolítico porque allí conocí a economistas como Cristina Carrasco, Antonella Picchio y Francine Mestrum, y... ¡vieras cómo se me iluminó todo! Desde entonces, las mesoamericanas, impregnadas de feminismo y educación popular, empezamos a trabajar una escuela de economía feminista. Ya se acabó todo lo demás, nos pegamos a la economía feminista y ha sido muy importante.

Fíjate que, en marzo, en el encuentro de Economía Feminista de Abya Yala, allá en Argentina, me encontré con Amaia Pérez Orozco y la oí decir que la economía feminista en Europa es un marco de análisis, pero en Mesoamérica es una propuesta política y ética. Sentí muy reconocido nuestro trabajo de tantos años y nuestra escuela que, a pesar de nuestra realidad de desigualdad y de violencia, ha sido pionera en construir una propuesta política y pedagógica orientada a trabajar con mujeres de sectores sociales amplios.

¿Cómo se trabaja con mujeres de territorios tan diversos en lenguas, nacionalidades y culturas?

Desde que arrancamos fue un movimiento muy amplio, con cooperativistas, sindicalistas, campesinas, migrantes, mujeres del sector educativo, de la salud... y eso en todos los países de Centroamérica, desde Chiapas a Panamá. Somos unas 15.000 mujeres en total y siempre ha habido más mujeres de pueblos originarios que negras. Los encuentros los hacemos a menudo con interpretación porque hay mujeres que no hablan «castilla», como dicen ellas. Además, ha habido desafíos como trabajar con compañeras evangélicas, una corriente que ha hecho mucho daño en lugares como Guatemala.

Hay una capacidad importante de las compañeras de todos los países para trabajar en sus comunidades y tenemos una apuesta política muy grande sobre los territorios. Hacemos reuniones regionales presenciales, pero también trabajamos mucho en línea. Ahora vamos a comenzar un proceso de «formación 2.0» donde vamos a desarrollar cinco de los seis temas del Encuentro de Economía Feminista de Buenos Aires y va a ser en línea porque no tenemos dinero, pero vamos a leer, a comentar, a explorar el uso de algunas herramientas y a acompañarlo todo con un taller de creatividad para crear nuevos instrumentos. Yo estoy contenta porque estamos vivas, nos hemos mantenido en todos los países.

“Estar en resistencia” es una forma de estar, de vivir, y tiene que ver con reexistir, con refundarse.

Cosmovisión maya. Politizar lo espiritual

«Buscábamos un paradigma que nos permitiera cuestionar no solo la economía, sino también la organización social de la vida y la relación con los bienes naturales y con los otros seres (animados e inanimados, decimos). Ahora queremos incorporar toda la perspectiva de la vida del subsuelo. Gracias a la cosmovisión maya, también trabajamos el conectarse a tiempos no lineales: los ciclos de los cuerpos, el ciclo menstrual, lunar, los embarazos, la menopausia, los tiempos de la naturaleza (por usar ese concepto), los procesos de floración, de la siembra... Poner bajo sospecha esa visión cronológica del tiempo, que, además, está muy centrada en los tiempos de los salarios, en las fechas del mercado neoliberal.

Ha sido importante ir incorporando estos elementos porque nos ayuda a romper con los paradigmas de la vida judeocristiana y la visión antropocéntrica de la historia y el tiempo. Por ejemplo, nosotras decimos que el futuro ya fue. El futuro al que aspiramos se parece más a lo que ya fue de esas sociedades de los pueblos originarios. Buscamos trabajar y cambiar el sentido de las cosas, vivirlo de otra manera».

Tomasteis una decisión consciente de acogeros a la cosmovisión maya, ¿por qué?

Bueno, esto se sitúa en la búsqueda de marcos de análisis, ya que no nos cuadraba el marco de la economía política, porque es muy ciega a la cuestión de género. Las mesoamericanas somos un movimiento con una apuesta política que pasa por la reflexión y politización de lo sociocultural y lo espiritual. Trabajamos mucho la ética. Tenemos una particularidad como movimiento y es que no solo pensamos en un «buen vivir», sino en un «buen pensar» y un «buen conocer». Por eso siempre planteamos que era importante dedicar tiempo a pensar y a conocer. Entonces, nos pusimos a explorar el tema de la cosmovisión y el resultado estuvo marcado por que el grueso de las mesoamericanas son mayas: mestizas, choles, chontales, tzotziles... El proceso en Chiapas y Guatemala es muy importante. Observando la cosmovisión maya encontramos una gran posibilidad de deconstrucción y de diálogo con las economías feministas.

En la formación también trabajamos el buen vivir de los pueblos quichuas.

Por último, has mencionado mucho en tu intervención la importancia de «sanar la historia de opresión» que todas llevamos encima.

Somos producto de las violencias, la historia es una historia de violencias. Tener esto claro implica no idealizar a los pueblos originarios. Los mayas, por ejemplo, nos articulan desde el sureste mexicano hasta Costa Rica porque estuvieron en toda la región, eran pueblos que buscaban

Somos un movimiento con una apuesta política que pasa por la reflexión y politización de lo sociocultural y lo espiritual.

dominar. A su vez, sufrieron muchas violencias y discriminación, razón por la cual se mantiene vigente su cosmovisión. La cantidad de población maya que hay en Guatemala es una evidencia de cómo fueron las relaciones de poder con la invasión, ya que debido al racismo allí no hubo mestizaje. En Costa Rica sí lo hubo. Tenemos que comprometernos en no repetir estas violencias, pero cada quien tiene que hacerse cargo de lo que le toca. Esto lo identifico como un proceso de sanación colectiva que tenemos que hacer. Creo que las mesoamericanas, con toda nuestra diversidad y la experiencia en este camino, tenemos en la base un esfuerzo por sanar esa raíz de opresión, que generó conflictos entre nosotras.

Patricia Dopazo Gallego
Revista SABC

VISITAS DE CAMPO

Javier Moreno, Isidro J. Espadas y Rosa Vroom

Conservar una forma de ver el mundo

LOS REGADÍOS HISTÓRICOS DEL ALTIPLANO DE GRANADA

Los regadíos históricos y tradicionales, como los del Altiplano de Granada, son fuentes de vida que están en peligro de extinción, como los conocimientos ecológicos asociados y las personas que los sustentan. La Asociación Pasos, Participación y Sostenibilidad trabaja por su conservación. El documental *Vegas y vida* nos habla de ello.

Emilio tiene 84 años y sigue yendo todos los días a regar con garrafas su pedacito de huerto, una pequeña mancha verde en medio de una antigua vega por la que ya no transcorre el agua de la acequia y que ahora tiene más pinta de desierto. Pilar, dinamizadora juvenil de profesión, con su huerto de autoconsumo, transmite a su familia el valor de una buena alimentación, «malacostumbrando a sus hijos a lo bueno». Carmen es una mujer poderosa con un gran conocimiento de la huerta que con su trocito de vega y sus animales puede prácticamente autoabastecerse. Alonso nos muestra la importancia de los ribazos para contener los suelos en las avenidas y el riego a manta para mantenerlo vivo y permitir que el agua infiltrada vuelva a salir «más abajo» en otras fuentes o *qanats*.

Aunque Emilio, Pilar, Carmen y Alonso viven en distintas localidades del altiplano granadino —Galera, Cuevas del Campo, Benamaurel y Cúllar—, comparten un hilo común: la experiencia viva de unas prácticas agrícolas tradicionales que no solo pueden garantizar el sustento, sino que respetan los ciclos del agua, el equilibrio del paisaje y el tiempo de las personas. Hablamos de un modelo agrícola profundamente adaptado a un entorno semiárido que hoy se ve amenazado por la intensificación, el cambio climático y el abandono.

Formas históricas de relación con el entorno

El Altiplano de Granada, en las comarcas de Baza y de Huéscar, guarda tesoros como sus casas-cueva, los yacimientos arqueológicos y sus bellos paisajes, enmarcados en el Geoparque de Granada. En sus encajonados valles, los vecinos y vecinas del territorio que se han dedicado a la agricultura y la ganadería tradicionales durante cientos o incluso miles de años han moldeado entornos de gran valor y belleza: las vegas. Estas no se entienden sin sus regadíos históricos y, en particular, sin sus acequias, que llevan el agua donde de forma natural no llegaría, creando vida a su paso; tampoco sin su rico patrimonio histórico asociado, que apenas se conoce, como los *qanats* (*alcavor* en català-valencià), que son galerías subterráneas empleadas para captar aguas del acuífero o de infiltración, las presas y los azudes que los regantes construían para desviar el agua a las acequias, o multitud de molinos harineros y oleícolas.

Este patrimonio histórico y cultural, viene aparejado con el conocimiento ecológico tradicional, muchas veces menospreciado, que ha permitido a las sociedades que han vivido en este territorio gestionar estos sistemas durante siglos, como ejemplos de resiliencia y sostenibilidad en



la gestión de los recursos. Ahora que se habla de «soluciones basadas en la naturaleza» y de adaptación al cambio climático, este tipo de conocimientos y prácticas constituye un ejemplo vivo de soluciones y adaptaciones fruto del ensayo y error durante cientos de años.

Pero, quizás, una de las dimensiones menos exploradas y más interesantes tiene que ver con la manera de entender las formas de relación con el entorno que sustentan estos sistemas de riego. Las cosmovisiones o maneras de entender el mundo condicionan nuestra manera de relacionarnos con él. No es lo mismo concebir la naturaleza (o nuestro entorno) como algo ajeno o como un lugar al que acudimos de vez en cuando que verla como nuestra casa, nuestra vida, el lugar que nos sostiene y del que formamos parte. Tenemos la convicción — o, como se dice ahora, «no tenemos pruebas, pero tampoco dudas» — de que quienes habitaban antiguamente estas tierras tenían una forma de ver el mundo en la que su vida era compatible con otras formas de vida (aves, cangrejos, ranas, etc.), promovidas por las acequias y los árboles que plantaban para obtener sus frutos y su leña y, a la vez, disfrutar su sombra. Aquí la clave está en el «y a la vez», que nos abre a un pensamiento holístico.

Pero, en la práctica, no siempre está presente ese vínculo y conocimiento real del entorno. Por eso, cuando desde una visión más «funcionalista» se dice que hay que cambiar totalmente los sistemas de riego «porque se pierde el agua y no es eficiente ni productivo», se dejan de ver las funciones ecológicas que cumplen estos sistemas al recargar acuíferos y mantener la biodiversidad. Y, sobre todo, se ignora una forma de entender la

vida según la cual lo productivo se integra en otra serie de cuestiones, como los cuidados, el valor de producir alimentos, cultivar la tierra, generar autonomía, mantener un entorno lleno de vida y sentarse a la sombra de la higuera después de la faena, con la satisfacción que produce todo lo anterior. De nuevo, todo eso está «a la vez».

Esta visión funcionalista ha generado una sociedad cada vez más atrapada en el mito de la productividad, que pone en bandeja la entrada a estos territorios de grandes empresas y fondos de inversión, que solo buscan intensificar los cultivos para generar beneficios a costa del agotamiento del agua subterránea y el suelo. Esto agudiza la despoblación, que debilita la estructura social de los pueblos, y, en particular, la sociedad dedicada al campo, que no ve garantizado el relevo. Las comunidades de regantes —instituciones comunitarias que gestionan los sistemas de regadío tradicionales—, además, se ven amenazadas por estas formas de pensamiento contrarias a sus propios intereses para mantener sus sistemas y formas de vida, lo que genera contradicciones internas. A esto hay que sumarle que el mantenimiento de estos sistemas requiere más trabajo que los métodos más tecnificados y suelen ser menos rentables en los mercados tradicionales, lo que da como resultado una compleja ecuación de difícil resolución.

Enlazando vínculo con conocimientos y prácticas

Entidades como el Memolab-Laboratorio de Arqueología Biocultural de la Universidad de Granada y su director José María Martín Civantos llevan más de quince años apoyando y asesorando



De izquierda a derecha, Carmen con su marido en la huerta, Alonso y Emiliano, en diversas localidades del altiplano granadino.

Fotos: Rosa Vroom



a las comunidades de regantes para la defensa y la recuperación de este patrimonio histórico y cultural mediterráneo. Para ello, organizan tareas de limpieza y recuperación de acequias como herramientas de intervención social que ayudan a revitalizar estas instituciones comunitarias y proponen mecanismos como la custodia del territorio y los convenios con entidades públicas para que las comunidades puedan recibir apoyo por los servicios que prestan a la sociedad y que no están suficientemente valorados.

En esta línea nos planteamos nuestro aporte a través del proyecto Vegas de Conocimiento, con el que también quisimos visibilizar estos saberes y formas de vida a través de los vídeos y los talleres para debatir sobre los problemas, buscar soluciones y pasar a la acción con intervenciones directas. Una de las más significativas —en colaboración con el Memolab-UGR, la Asociación Alparchía, el Ayuntamiento de Galera y la Comunidad de Regantes— fue la limpieza y recuperación de parte de la acequia de La Alparchía, en el pago del mismo nombre, donde Emilio tiene su pequeño huerto y en el que, en el momento de escribir este artículo, se sigue trabajando para lograr que llegue de nuevo el agua a su bancal. En el momento de escribir este artículo, se sigue trabajando para lograr que llegue de nuevo el agua a su bancal.

Nuestra apuesta, además, está en explorar, visibilizar y apoyar estas prácticas y el mantenimiento de las acequias, acercando a la gente a estos sistemas de regadío tradicionales. Es a través del conocimiento, y sobre todo la práctica, como podemos abrirnos a ese vínculo y valorar nuestro

entorno hasta considerarlo parte de lo que somos. La defensa de los regadíos tradicionales es un punto de unión entre las personas que entienden así su relación con el entorno, cada vez más residual, y quienes aspiramos a acercarnos a ellas.

Todo esto ha quedado reflejado en un documental que es, en parte, un ejercicio de memoria. Pero no desde la nostalgia paralizante, sino desde la urgencia de aprender del pasado para construir otro futuro posible. Frente a los problemas descritos anteriormente, nuestros protagonistas levantan una propuesta clara: volver a mirar a la vega no como un recurso a explotar, sino como un ecosistema que cuidar y del que aprender. Porque en cada acequia que se pierde, en cada bancal que se abandona, se borra una parte de nuestra historia, de nuestra identidad, de nuestras formas de vida y también de nuestra capacidad de adaptación al cambio climático y, por tanto, de afrontar los retos que tenemos para el futuro. ●

Javier Moreno,
Isidro J. Espadas
y Rosa Vroom

Asociación Pasos,
Participación y Sostenibilidad

Para más información sobre las proyecciones del documental, visita la web del proyecto: vegasdeconocimiento.pasos.coop. Ponte en contacto si quieres programar una proyección colectiva.



ISEC (UCO), FACPE, COAG Andalucía y Justicia Alimentaria

LOS SPG, REDES QUE RESISTEN Y SE RENUEVAN

En los escenarios alternativos a los sistemas alimentarios convencionales, existe una figura particular encargada de garantizar, de manera colectiva y participativa, que lo que se intercambia en estos circuitos comerciales procede de productoras que trabajan con una mirada agroecológica y de visibilizar las implicaciones positivas que tiene que se haga de esta manera, tanto para sus propias fincas como para los territorios y todo lo que habita en ellos. Son los llamados Sistemas Participativos de Garantía (SPG).

Los SPG son bien antiguos, eran los mecanismos que existían antes de que el reglamento de la producción ecológica impusiese la certificación por tercera parte (los sellos oficiales) como único sistema de garantía válido. De esta manera, los SPG que han ido emergiendo representan un movimiento social que reivindica y pone sobre la mesa que la cuestión de la confianza en los sistemas alimentarios puede democratizarse de manera radical y es, a la vez, una oportunidad de pervivencia para las pequeñas producciones y los mercados locales que ven que la organización y la diferenciación como producciones agroecológicas locales son una posibilidad para la sostenibilidad económica a largo plazo.

La participación en espacios asamblearios, la discusión, la toma de decisiones y la consecución de pequeños y grandes logros colectivos (como la activación de un ecomercado, la sensibilización social en torno al cuidado de la tierra y las personas, la organización y el disfrute de las visitas a proyectos productivos...) son parte fundamental de la vida de los SPG. Esta colectivización de las preocupaciones, los sueños y los proyectos respecto a la transformación radical del sistema agroalimentario es la base de estas propuestas, en

las que las personas implicadas construyen piezas del cambio ecosocial que necesitamos.

En nuestro país, los SPG empezaron a fraguarse en Andalucía en 2004. Fueron unas primeras semillas que sirvieron de inspiración para otras iniciativas que empezaron a ponerse en marcha a partir del año 2010. Este tímido movimiento de los SPG fue cogiendo fuerza y se organizó un primer encuentro en 2015, de la mano del SPG Ecollaures, del País Valencià. Desde entonces, lo que se denominó Red Ibérica de SPG celebra encuentros cada año o año y medio en distintos territorios de la península Ibérica, con el fin de fortalecer los procesos territoriales y la articulación y el apoyo mutuo.

Este proceso de articulación de los SPG ha generado un trabajo conjunto en torno a temáticas y cuestiones importantes, como qué criterios establecer para evaluar si las fincas son agroecológicas, qué mecanismos son clave para entender que una iniciativa es un SPG, qué estrategias de apoyo mutuo podemos generar para fortalecer el movimiento como red, qué significa trabajar con precios justos y cómo se puede comunicar todo esto para reforzar el movimiento, hacia dentro y hacia fuera.



El caso andaluz

En este contexto, el Instituto de Sociología y Estudios Campesinos (ISEC) en la Universidad de Córdoba y la Federación Andaluza de Consumidores y productores ecológicos (FACPE), junto con el sindicato agrario COAG Andalucía y la oenegé Justicia Alimentaria, impulsamos en el año 2018 un Grupo Operativo para fortalecer el movimiento andaluz de los SPG. Este grupo se reforzó en 2023 con mayor financiación y empezó a impulsar un doble proceso: por un lado, de fortalecimiento de los SPG ya existentes que se articulaban en torno a la FACPE y, por otro lado, de apoyo a iniciativas enmarcadas en lo que conocemos como circuitos cortos de comercialización (CCC), como ecomercados, tiendas cooperativas, grupos de consumo o redes agroecológicas que querían iniciar procesos de SPG. En total, hemos trabajado junto con 14 iniciativas de CCC, ubicadas principalmente en dos ejes territoriales: Granada y Almería, por un lado, y Sevilla y Cádiz, por otro.

Estas iniciativas, lógicamente, se encuentran en situaciones diferentes. Hay algunas que ya cuentan con un SPG en funcionamiento y con amplia trayectoria como La Ortiga, El Encinar, La Borraja, la Red Agroecológica de Granada y Consumo Cuidado; otras que en algún momento tuvieron un SPG, pero dejó de funcionar, como La Red Agroecológica de Cádiz y la Regüerta; y, por último, grupos interesados

La Asociación La Borraja, con un SPG de los históricos, ha aprovechado este proceso para reactivarlo y retomar la rutina de visitas y reuniones de la comisión SPG.

Por otro lado, la Red Agroecológica de Cádiz (RAC) y la Red Agroecológica de Almería (RAA) han puesto en marcha SPG asociados a sus ecomercados. La RAC ya partía de un SPG diseñado, pero aún no implementado. Este impulso les ha ayudado a ponerlo en marcha a través de la organización de unas primeras visitas y el testeo y la revisión de los documentos (guía de visita de campo, guía de criterios, entre otros). Asimismo, ha apoyado la organización de charlas y talleres para difundir su iniciativa e involucrar a nuevas productoras y consumidoras. La RAA, por su parte, que partía de una iniciativa de un grupo de personas, ha iniciado un proceso de construcción de su reglamento interno y de su guía de criterios, conformando un incipiente SPG.

Iniciativas como la Red Agroecológica de Granada han recibido apoyo para reforzar su rol como paraguas de las distintas experiencias que la conforman y que tienen un SPG propio, y visibilizar lo que suponen los SPG en los ecomercados que organizan.

Con la idea de generar un proceso de articulación en el ámbito andaluz, hemos diseñado espacios en los que han participado todas las iniciativas: encuentros para definir y hacer seguimiento de sus planes de acción, en los que han ido



Visita a la finca El Laurel de Cantillo (La Puebla del Río, Sevilla) como parte del proceso de garantía participativa de la Cooperativa La Ortiga (Sevilla).

Foto: Purificación Murillo Vasco



Visita a la finca Arbonaida (Chipiona, Cádiz) como parte del proceso de garantía participativa de la Asociación La Borraja (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz).

Foto: Purificación Murillo Vasco

46 surgiendo sinergias entre las experiencias (entre la RAC y la RAA, por ejemplo; o entre las iniciativas ubicadas en Sevilla); o también espacios de formación y de intercambio con SPG de amplio recorrido, en los que hemos contado con el SPG Ecollaures (País Valencià), el SPG Nature et Progrès (Francia); la Rede Ecovida (Sur de Brasil) y el SPG Vecinos Campesinos (Región de Murcia).

Aprendizajes y debates

Los elementos clave que hemos trabajado han sido la definición del concepto de agroecología y qué queremos garantizar y visibilizar a través de los SPG. Hay un amplio consenso en que nuestros criterios son de tipo multidimensional (técnico-productivos, socioeconómicos, políticos y culturales) y que abarcan no solo las fincas, sino el territorio y los canales de comercialización. Se ha hecho un trabajo muy interesante para identificar hacia dónde queremos encaminar la práctica agroecológica y cuáles son las líneas rojas que no debemos permitir en los SPG. Por ejemplo, ha habido un amplio consenso en establecer una línea roja frente a actitudes violentas y no tolerar que formen parte del SPG personas que las tengan incorporadas: violencia machista, racista o abusos laborales a personas vulnerables.

Sin embargo, ha habido debates que no siempre tienen un fácil consenso, por ejemplo, en torno al manejo del suelo. Hay visiones que defienden la no intervención, cercanas a la permacultura,

y visiones asociadas a manejos tradicionales de labranza. En cualquier caso, además de reconocer la complejidad y la diversidad que hay dentro de la agroecología, destacamos la importancia de contar con espacios de diálogo e intercambio entre productoras y en los que las consumidoras puedan aprender sobre esta complejidad y la diversidad.

Uno de los momentos importantes de la articulación fue el VIII Encuentro de la Red Ibérica de SPG, que tuvo lugar del 6 al 8 de junio en Archidona (Málaga). La idea era compartir y evaluar los avances y los logros de esta andadura, establecer mecanismos de reconocimiento y apoyo mutuo entre SPG de distintos territorios y facilitar un espacio que fortalezca la articulación en el ámbito peninsular. Trabajamos colectivamente temas como los criterios compartidos en torno a la agroecología y lo que queremos apoyar con los SPG, los mecanismos para establecer precios justos, los instrumentos y estrategias de comunicación para dar a conocer los SPG y los procedimientos clave para reconocernos como tales dentro de la red.

Retos

Como en otros procesos del movimiento agroecológico, el mantenimiento de los SPG pasa por la participación social, que suele ser un bien escaso en nuestra sociedad actual. El reto que nos planteamos, entonces, es conseguir diseños en los SPG que sean acordes a las posibilidades y

los tiempos de las personas integrantes, dedicar energía a soluciones imaginativas y tener una mirada dinámica de la participación y de estos procesos, que siempre son cambiantes. Por otro lado, al tratarse de mecanismos muy demandantes de tiempo (para la organización, para las visitas...), pueden generar sin querer mecanismos de exclusión de personas que no disponen de él (personas cuidadoras, personas en situaciones de precariedad, entre otras). Creemos que no es casualidad que se trate de sistemas en los que por la parte de la producción hay una alta masculinización y por la parte consumidora, una alta tasa de personas con perfil universitario, con más tiempo libre para la participación social.

Por último, el contexto no es amable ni va en la línea de lo que estamos construyendo desde los SPG (y desde la agroecología, en general). Nos encontramos en una realidad con un futuro incierto, que sigue remando hacia la industrialización y la intensificación de los sistemas agroalimentarios, lo que genera cierta desesperanza a todas las partes que conforman estos sistemas participativos. Ecomercados, tiendas ecológicas asociativas, grupos de consumo... se ven teniendo

que competir en precios con grandes superficies o, en el mejor de los casos, haciendo una labor concienzuda de sensibilización y educación a las personas consumidoras, lo que supone una dedicación en tiempo y energía que complica centrarse en construir estos espacios de intercambio y apoyo mutuo y socava la creatividad en las formas de organización y construcción de horizontes diferentes.

Con todo, el proyecto ha generado procesos y productos que creemos que son de gran interés, tanto para los SPG como para las iniciativas de canales cortos que quieran ponerlos en marcha, así como, en general, para las iniciativas agroecológicas que pretenden construir comunidad alrededor de la alimentación. Estamos recopilando todo este trabajo en la web del proyecto, que os invitamos a curiosear: go-spg.org/

ISEC (UCO), FACPE, COAG
Andalucía y Justicia Alimentaria,
entidades miembros del Grupo
Operativo Andaluz GO-SPG



Visita a la finca de Félix y Paloma. El Encinar.
Foto: Patricia Chumillas

La calidad y la garantía alimentarias en los canales cortos de comercialización en Andalucía: diseño de un sistema de trazabilidad



Inspiración y contagio

Las compañeras de la Red Agroecológica de Cádiz sostienen que el SPG supone un contagio de ideas y ganas de crear proyectos agroecológicos entre las integrantes del colectivo. De cada reunión salen nuevas colaboraciones entre participantes y sinergias entre proyectos que existen y que están por existir. Estos espacios donde abunda el apoyo mutuo y una cuestión tan sencilla (aunque escasa) como es la confianza son fuente de creatividad e inspiración y no es casualidad que las personas que se acercan como consumidoras, al relacionarse con productoras, se atrevan a crear valiosos proyectos productivos sobre las bases de la agroecología.

Charline Ducottet (Carlota)

LA HUERTA COMO HERRAMIENTA DE INCLUSIÓN SOCIAL

Una periodista de *La Voz de Galicia* resumió su visita a nuestra huerta social en Salcedo describiéndonos como «la huerta que arranca las penas y la soledad en Pontevedra». ¿De verdad nuestra huerta podría tener ese poder? ¿Cómo pueden unos gestos tan sencillos traernos luz y aliviar la dureza de la vida? Con estas preguntas en la cabeza seguí mi camino de monitora de huerta. En este texto, voy a compartir mi perspectiva personal sobre mi relación con el proyecto, con las personas participantes y con la tierra que he escuchado.

Llevo casi cuatro años viviendo en este territorio y después de dos años y medio cultivando hortalizas en el Morrazo tuve la gran oportunidad de ser la monitora de huerta de la asociación Boa Vida. Mi rol es guiar a las personas para que aprendan a cultivar y a cuidar las hortalizas, los frutales y las plantas aromáticas con autonomía. Es un papel muy bonito porque permite ver la evolución de las participantes y acompañarlas en su proceso. Participan en el proyecto personas con algunas necesidades sociales o inmigrantes con pocos recursos.

Ser monitora en una huerta social

Mi proceso hasta llegar a ser monitora de huerta fue muy interesante porque primero empecé como productora de hortalizas y justo cuando empezaba a querer dejarlo tuve esta oportunidad de acompañar a personas en una huerta social. Para mí, el trabajo en la huerta requiere un gran compromiso político, sobre todo en la sociedad actual, con el grave problema de relevo generacional que hay en los proyectos campesinos y el de abandono de la tierra en el mundo rural. Es

urgente que la nueva generación tome consciencia y coja la azada para cultivar sus tierras. Creo que formar a la gente que llega al territorio en la importancia de cultivar la tierra para tener hortalizas de calidad y de proximidad es fundamental.

«Estaba tan sola y abandonada cuando llegasteis... Con una casa en ruinas como única compañía. Esperaba que sucediera algo. ¡Qué alegría saber que puedo ser de alguna utilidad! Necesito vuestros cuidados para poder producir alimentos de temporada. Tenéis que cuidar mi fertilidad para sostener una producción. No me exijáis demasiado ni algo que no os pueda dar. Recoged mis frutos, que mis ramas pesen mucho. Si os entregáis a mí, os devolveré el doble». (testimonio de la tierra).

La asociación Boa Vida lleva varios años trabajando en el proyecto «Vivir en el rural», en el cual se enmarca la actividad de la huerta social en Salcedo. Dos personas con perfiles complementarios coordinan el proyecto: una monitora de huerta y una trabajadora social que acompaña a los participantes de la huerta en sus necesidades cotidianas.



Huerta de la asociación Boa Vida.
Foto: Charline Ducottet

Los objetivos de los proyectos son los siguientes:

- Dar acceso a la tierra a personas que no podrían tener acceso de otro modo.
- Proporcionar una comida saludable a los participantes de la huerta con las hortalizas y las frutas que se llevan a casa.
- Fomentar la soberanía alimentaria en el territorio.
- Ocupar y cultivar tierras «abandonadas» en el territorio.
- Crear comunidad y tejer vínculos sociales entre los participantes.
- Impulsar la ayuda mutua, el bienestar, el empoderamiento de las personas y el contacto con la naturaleza.
- Potenciar hábitos de vida saludables en las participantes.

El día a día en la huerta

Quedamos dos veces a la semana. Y empezamos siempre con un «círculo de comienzo o de bienvenida», donde compartimos cómo nos sentimos y movemos nuestro cuerpo para calentar un poco. Cada persona del círculo propone algún ejercicio que hacemos juntas. Una vez nuestros cuerpos están listos para empezar, repartimos tareas en función de lo que hay que hacer ese día: abonar, plantar, quitar hierbas, desbrozar,

recoger, limpiar el galpón... Tenemos un grupo de WhatsApp en el que comunicamos semanalmente toda la información sobre la huerta. A veces organizamos talleres puntuales sobre la poda de frutales, el compostaje, las variedades locales, la construcción de un invernadero...

Cada dos meses, organizamos un momento de cohesión, en el que cocinamos juntas alguna tortilla con las patatas y cebollas de la huerta. También tejemos colaboraciones con el vecindario, la asociación de vecinos, el taller mecánico de enfrente, etc.

«Vuestra presencia es muy positiva para el barrio... Estáis aquí para recordarnos a todas que es importante cultivar la tierra de manera comunitaria. Estáis aquí para darle vida al barrio, para dinamizarlo y sacar a la gente de sus rutinas. Estáis aquí para dar y recibir. Cuando llegasteis, tenía una invasión de helechos en mi piel; pero poco a poco se fue reduciendo y entraron hortalizas, flores, plantas silvestres como la ortiga, la ortiga muerta o el llantén... Doy la bienvenida a la diversidad de personas, plantas y experiencias que entró en mi vida». (testimonio de la tierra).

Este bonito proyecto tiene puntos que mejorar y puntos positivos. Uno de los puntos que hay que mejorar es la falta de estabilidad, porque cuando nos ceden la tierra, no sabemos por cuánto tiempo será. Lo ideal sería comprar una tierra para tenerla de manera permanente.

Enrique González



Huerta de la asociación Boa Vida.
Foto: Charline Ducottet

Además, mucha gente no se queda el tiempo suficiente en el proyecto para poder aprender a cultivar por sí misma. Muchos participantes tienen que dejar el proyecto cuando encuentran trabajo. Para mí, es una limitación porque la huerta precisa tiempos bastante largos para aprender a cultivar con autonomía.

Entre los puntos positivos, este proyecto depende mucho de las colaboraciones que podamos crear en el barrio de Cabanas de Salcedo, especialmente del vecindario. De hecho, tuvimos muy buena acogida y gracias a ellos podemos cultivar en una finca cedida gratuitamente, usar un baño público de la asociación vecinal, emplear el agua del pozo de la casa del lado y la electricidad de otro vecino de manera puntual. También recibimos compost del Ayuntamiento de Pontevedra y tenemos ayuda de gente voluntaria para organizar talleres de instalación de riego o de construcción de invernaderos, por ejemplo. Esta circunstancia es buena para recordar que siempre dependemos los unos de los otros y que no podemos funcionar sin solidaridad.

Una comunidad de aprendizaje en constante evolución

Desde el principio del proyecto, coseché muchos aprendizajes personales. Por una parte, la huerta comunitaria me da una lección de humildad continua. Me impresiona la fuerza de estas personas recién llegadas con experiencias pasadas muy difíciles y que siempre están alegres, positivas, contentas y con mucha energía e ilusión. Me hace relativizar mis problemas e inquietudes ante la vida. Quiero inspirarme en esta gente brava y tener

esta resiliencia y alegría. Por otra parte, quedo abrumada ante la fuerza de la naturaleza y feliz de contar con un espacio de huerta para fomentar el bienestar de las personas. Creo que mantener este tipo de proyectos es muy importante cuando podemos ver que en general las ciudades crecen cada vez más y que las personas pasan cada vez menos tiempo al aire libre. Según un estudio del instituto RAND Europe, en el Estado español y otros países de Europa, como Francia, Alemania o Dinamarca, más de la mitad de las personas entrevistadas pasa menos de una hora al día en contacto con la naturaleza o recibiendo luz natural. Hay que fomentar el movimiento al aire libre, en la naturaleza, y el hábito saludable de practicar ejercicio dos veces a la semana. Nuestra huerta está a media hora caminando desde la estación de autobús de Pontevedra. Si bien venir caminando hasta la huerta puede representar un reto para ciertas personas, también es una manera de fomentar la salud. De hecho, algunas que al principio no se veían capaces de realizar este trayecto caminando, lo consiguieron poco a poco, lo que se convirtió en una fuente de orgullo para ellas.

El proyecto evolucionó bastante desde su inicio. El primer año (marzo 2024) arrancó con una media de 4-5 personas semanales. Pudimos plantar bastante y empezar la huerta con patatas, judías, pimientos, tomates, berenjenas, acelga, cebollas, fresas... Este año 2025 arrancó con más fuerza con un grupo de 8-10 personas. Tenemos que plantar más para que cada una pueda llevarse algo de cosecha para casa. También estamos montando un pequeño invernadero para plantar más en invierno y hacer plántulas en primavera.

Me siento cada vez más cómoda y alegre con este papel de monitora y noto una implicación mayor de la gente este año, de lo cual me siento muy orgullosa. Veo la huerta cada vez más bonita y el lugar mejor cuidado. Siento este espacio como una casa comunitaria en la que cada vez aprendemos más y mejor juntas y conformamos una comunidad de aprendizaje en constante evolución. ●

Charline Ducottet (Carlota)

Monitora de la huerta social de Boa Vida y dinamizadora de la Secretaría das Mulleres del Sindicato Labrego Galego



RESEÑA DE ANTICAPITALISMO ROMÁNTICO Y NATURALEZA DE MICHAEL LÖWI Y ROBERT SAYRE ENCLAVE DE LIBROS (2024)

Dentro de la complejidad que entraña cualquier estudio que afronte lo que se nos ha transmitido como romanticismo, la vuelta a la naturaleza como una de sus señas más reconocibles podría suscitar consensos sin demasiada dificultad. La vinculación de naturaleza y romanticismo con anticapitalismo, sin embargo, ha sido una senda menos transitada y en ello se encuentran desde hace años los sociólogos Michael Löwy y Robert Sayre, quienes ya abordaron el tema con prodigalidad y hondura en una obra de referencia en el estudio del fenómeno romántico: *Rebelión y Melancolía*, de clarificador subtítulo: *El romanticismo como contracorriente de la modernidad*, donde escrutan este movimiento y su miríada de corrientes. En la obra que aquí reseñamos, *Anticapitalismo romántico y naturaleza*, traducida al castellano y

prologada por el poeta Eugenio Castro, los autores continúan con esta línea de investigación dedicada a resaltar el trasfondo esencialmente anticapitalista del romanticismo.

Löwy y Sayre entienden el romanticismo como algo más que un movimiento artístico y literario, para ellos se trata de una visión del mundo que cuaja en una «crítica cultural, o una rebelión contra la modernidad capitalista industrial en nombre de valores pasados, premodernos o pre-capitalistas». Subrayan, además, que esta mirada retrospectiva no implica una visión reaccionaria e ingenuamente nostálgica del pasado, sino «un desvío por este hacia un porvenir utópico».

Los autores investigan los fundamentos históricos de un pensamiento al que califican de ecocrítico, con el propósito de visibilizar las profundas

conexiones intelectuales, culturales y emocionales entre la rebelión romántica contra la modernidad y el surgimiento de una preocupación ecológica cada vez más consciente de sus consecuencias devastadoras en la naturaleza. Con este objetivo, amplían el campo de estudio del romanticismo y sitúan sus raíces en autores anteriores y en contextos distintos del literario y artístico alemán de finales del siglo xviii y principios del xix, tradicionalmente asociado al origen del movimiento. Así, consideran fundamentales estas referencias— como, por ejemplo, la del filósofo Jean-Jacques Rousseau— para comprender el romanticismo en su dimensión ecocrítica.

Algunos de los rasgos de la civilización moderna identificados y deplorados por el movimiento romántico —según se destaca en la introducción— son el desencantamiento del mundo, su cuantificación y su mecanización, pero también la disolución de los vínculos que cohesionaban las comunidades y garantizaban la aguda percepción de nuestra frágil e insoslayable dependencia de los otros y de la naturaleza. «El malgasto, la devastación y la desolación que la civilización industrial inflige al entorno natural son a menudo un profundo motivo de lamento e ira románticos». Este movimiento, destacan los autores, no duda en establecer paralelismos entre el «envenenamiento de la vida social a causa del dinero» y la «contaminación del aire por el humo industrial», ambos originados por la misma «raíz perversa», que no es otra que «la dominación despiadada del utilitarismo y el mercantilismo, el poder destructivo del cálculo cuantitativo».

Estas conexiones entre rebelión romántica y preocupación por la naturaleza se examinan en esta obra a partir del estudio de varias figuras habitualmente excluidas de los estudios sobre el canon literario romántico y activas en los últimos tres siglos en contextos muy diversos, como la literatura, la pintura, la filosofía política, la artesanía y el ensayo sociopolítico. A cada una de ellas se le dedica un capítulo que, además, sirve de aguda introducción a su vida y obra.

Los autores tratados son William Bartram, botánico y naturalista estadounidense del siglo xviii, de quien destacan su contribución al ecologismo y a la crítica de la sociedad colonialista y su codicia; Thomas Cole, una de las principales figuras del arte norteamericano del siglo xix, quien denunció en su obra la devastación de la naturaleza causada por el progreso capitalista industrial; William Morris,

arquitecto, diseñador, poeta, novelista y activista británico, defensor de la producción artesanal frente a la industrial, que empezaba a despegar en ese momento en Gran Bretaña, y para quien el arte debía estar al servicio de la regeneración de la sociedad; Walter Benjamin, al que los autores consideran como el primer marxista que «rompió radicalmente con la ideología del progreso» y para quien la revolución, en lugar de locomotora del progreso, debía ser el freno de emergencia; el prolífico escritor Raymond Williams, puente entre la tradición romántica anglosajona y el marxismo continental, y primer socialista inglés en abrazar la causa ecologista; y finalmente la pensadora y activista Naomi Klein, de quien destacan la importancia dada a la memoria para impulsar los procesos de cambio, así como su reivindicación de las culturas nativas de los territorios colonizados como fundamentales arietes de resistencia a la expansión capitalista.

Se echa en falta más mujeres entre las figuras rescatadas, o al menos que se reflexione sobre su minoritaria presencia, considerando la urgencia de reparar su reiterada omisión de la historia del arte por parte de los discursos oficiales. Más en el contexto de una obra sobre el romanticismo, teniendo en cuenta la importancia de las aportaciones de la crítica feminista a categorías como la de «genio artístico», tan cara en los estereotipos de este movimiento y en la que las mujeres han sido sistemáticamente vetadas, por no hablar del rol de musas de la creatividad artística y objetos de representación al que han sido mayoritariamente relegadas, y no solo en las corrientes románticas más canónicas del siglo xix.

Con todo, nos encontramos ante un ensayo muy recomendable, ameno y de lectura comprensible, con el que Löwy y Sayre logran su objetivo de mostrar que los vínculos entre el romanticismo, el anticapitalismo y la ecología cuentan con una larga trayectoria y se han concretado en los últimos tres siglos desde formas de expresión cultural y contextos muy diferentes. Un libro que aporta claridad para comprender las raíces intelectuales del ecologismo moderno y que muestra como los grandes problemas de nuestro presente no son nuevos, sino inherentes a la expansión mercantilista característica de la moderna civilización burguesa.

Enrique González
Consejo editorial de SABC

LA FUENTE *Un lugar de encuentro para pobladoras*

PALABRA DE CAMPO

Presentación de las organizaciones
que conforman esta revista

La Casa Azul



Somos una asociación que desde hace veinte años trabaja en el Occidente de Asturias por un Mundo Rural Vivo, con la soberanía alimentaria como eje. Nuestro funcionamiento es asambleario y desde 2011 tenemos un local social autogestionado en Navia que nos permite desarrollar actividades en apoyo al mundo rural, la defensa del territorio y la solidaridad con las luchas de otros pueblos, como Guatemala, Colombia, Kurdistan, Rojava y especialmente Palestina.

Promovemos el consumo de productos ecológicos, de comercio justo y principalmente de producción

local, poniendo el espacio al servicio de las productoras locales que se acercan (huevos, miel, pan, conservas, kiwis o artesanía). El grupo de consumo se nutre semanalmente de los productos de Finca El Cabillón, proyecto de la comarca que da empleo en agricultura ecológica a personas con discapacidad intelectual.

Y, como creemos que solo con otras se pueden superar las crisis sociales y ambientales a las que nos enfrentamos, participamos en todas las redes y movimientos comarcales de producción agroecológica, justicia social, defensa del territorio (Oro No, Xente Oscos Eo, Xente Noroccidente, Plataformas en Defensa de la Sanidad Pública), con gentes de la Mariña de Lugo en la Plataforma contra las Guerras, contra la papelera de Altri... y con los movimientos ciudadanos que en Asturias y en otros territorios trabajan por un mundo más justo (Coop57, Baladre...).

Entretantxs



Entretantxs somos una organización de ámbito estatal sin ánimo de lucro que nace de mucho trabajo previo con ganaderas y ganaderos de extensivo y con el convencimiento de la necesidad y el potencial de los procesos participativos para el abordaje de problemas socioambientales, como es el caso de los incendios, la resolución de conflictos —entre ellos el vinculado con el lobo—, la transformación de los sistemas alimentarios y la transformación ecosocial en general, entre otros muchos.

Entre socias y colaboradoras somos un equipo amplio, distribuido por diferentes

rincones de la península. Muchas de nosotras habitamos en el medio rural, desde donde acompañamos procesos de generación de espacios de encuentro y de redes en las que tratamos de incorporar siempre la diversidad de opiniones y vivencias, desde la mirada de la inteligencia colectiva como generador de conocimiento y acción.

Desde bien temprano hemos impulsado procesos que trataban de avanzar hacia unos sistemas alimentarios agroecológicos, poniendo en el centro al pequeño sector agroecológico, a las administraciones locales convencidas de esta necesidad de transformación desde las políticas públicas y la sociedad en general.

En ese camino estamos, tendiendo puentes y cooperando con otras organizaciones y colectivos afines como es el caso de la Revista Soberanía Alimentaria.

PALABRA DE CAMPO

VETERINARIA LIGADA AL TERRITORIO

Cuando salí de casa para estudiar veterinaria, algo que rumiaba en mi cabeza desde hacía años, no sabía hasta qué punto se encendería una de mis grandes pasiones de vida.

Durante la carrera, me planteaba si había elegido bien. A pesar de tener claras ciertas cosas en el cuidado de mi propio cuerpo, lo que la academia me mostraba respecto al cuidado de los animales, en ciertos aspectos, no me cuadraba. Así empecé a moverme a contracorriente en un mundo que enseñaba a producir alimentos y a cuidar animales de compañía. Yo quería otra cosa... En esos momentos me formaba en homeopatía veterinaria y arrancaba la Cátedra de Ganadería Ecológica de la UCO. Empezaron a encajarme las piezas. Acabé la carrera, me regalaron una cabra y ahí se gestó mi pasión.

Desde el inicio me he dedicado a la veterinaria rural. Me vine a vivir al pueblo que me amadrinó, pero como mujer los inicios no fueron fáciles; era un mundo muy masculinizado. Qué bien que ya vaya cambiando, 30 años después...

Pero hay algo que, a mi parecer, no ha cambiado demasiado. Esta profesión es una profesión solitaria, o así la he transitado yo. Soy «veterinaria de directorio», una opción que existe en algunas comunidades para poder ejercer en saneamientos ganaderos. Pero a veces me he sentido sola y en nuestro día a día se nos siguen planteando situaciones que requieren reflexión colectiva. A mí me encanta reflexionar junto a otros porque, cuando hay respeto y tolerancia, esto aporta a nuestras vidas la sabiduría de la tribu: CON-TRIBU-IR.

En 2023 se gestó una red de personas, de formación veterinaria, unidas por la pasión laboral de ejercer en ámbitos rurales vinculados a la ganadería que cría a los animales de manera integrada en su entorno, (¿ganadería extensiva/rural/ambiental?). Se llama Agrupación Veterinaria ligada al Territorio o Veterritorio, como la escribo habitualmente.

Nuestro objetivo es crear espacios de reflexión y apoyo mutuo, compartir inquietudes, experiencias y conocimientos desde los diversos ámbitos

en los que trabajamos. Generar procesos de investigación, reciclarnos, motivarnos, escucharnos, actualizarnos... Con este caminar queremos apoyar, facilitar y promover modelos productivos de cría basados en la sostenibilidad ambiental, económica y social. Sistemas que custodien el territorio y las razas autóctonas y cuiden a quienes lo trabajen. Queremos favorecer la transformación y comercialización local, y que sea accesible para el conjunto de la sociedad; garantizar la seguridad y la soberanía alimentaria, el bienestar (animal y humano), la productividad rentable y justa, la salud pública, la dignidad laboral, la calidad de vida... Porque es necesario un reconocimiento social a la cría ganadera rural respetuosa... y generar espacios de concienciación y acción política.

Somos muchas las personas a las que todo esto nos resuena. Nuestra visión es originar un eje vertebrador de las necesidades de la veterinaria de campo que sea altavoz de sus fortalezas y oportunidades, y trabajar para clarificar sus debilidades y amenazas, con el fin de ampliar las miradas a las nuevas generaciones en el apoyo de un mundo rural vivo.

Es necesario ser honestas, aprender a trasladar los ideales teóricos y llevarlos a nuestro entorno cotidiano, construir los puentes necesarios, cambiar el juicio por el diálogo y la comunicación, reconectar con la propia naturaleza recuperando las cosmovisiones y reconstruyendo los argumentarios.

Estos sistemas no son meros modelos de producción. Son sistemas de vida. Y sus interrelaciones generan un engranaje de precisión ancestral. ●

Sara Rey Sanz

PARA HACER POSIBLE ESTA REVISTA, TE NECESITAMOS

Para pensarla y llenarla de contenidos; para abrir debates; para conocer y conectar iniciativas, colectivos y experiencias; para darle forma y color; para ponerla en rutas y caminos hasta tus manos... En definitiva, para que evolucione y se mantenga viva, necesitamos tu apoyo.



RIEGO

Aportación puntual desde 5 €



SEMILLA

Suscripción en papel. Recibe los próximos 4 números a partir de 35 € al año
Solo envíos en el Estado español



RAÍZ

Hazte socia/o. Desde 50 € al año, recibe la revista, accede a ofertas y participa en las asambleas del proyecto



¡REGALA LA REVISTA!

Puedes regalarnos a quien tú quieras Recibirá las revistas en su domicilio y una tarjeta de regalo con tu mensaje 35 €

Puedes hacer todo el proceso online a través de la web:
www.soberaniaalimentaria.info/colabora/suscripcion

Para resolver cualquier duda sobre el proceso de suscripción, escríbenos a suscripciones@soberaniaalimentaria.info

¡Muchas gracias!

SER TERRA · LURRA · IZAN · SER TIERRA

Camisetas y sudaderas ilustradas por **Iria Fafián** y serigrafadas a mano en la **Cooperativa Cendra**

· Algodón orgánico
· Disponibles en diferentes lenguas
· Pedidos bajo encargo



Visita la web para ver todos los modelos, colores y precios.

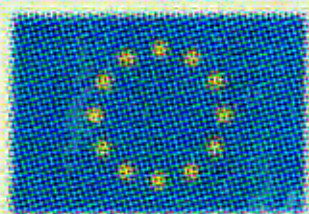
revista
SOBERANÍA ALIMENTARIA
BIODIVERSIDAD y cultivos



www.soberaniaalimentaria.info/tienda

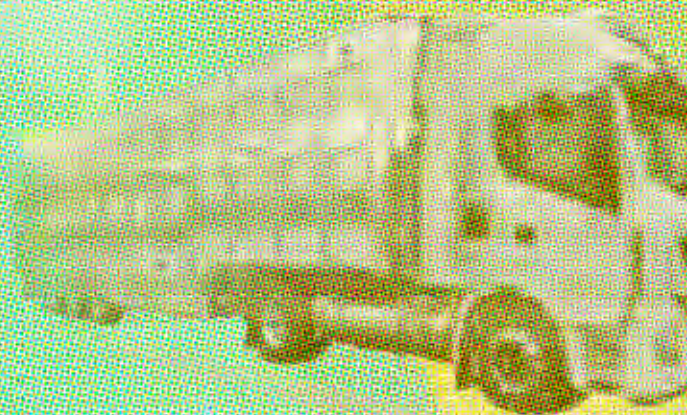


BCE ECB EUS EZB EXP EKT ESB EKB ECE EBC 2010



100

1000



EURO
EYF